

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



GUSANO 1.º—¿Qué hacemos mientras llega la mañana?
GUSANO 2.º—Daremos otra vuelta a la manzana.

Dib. SAMA.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 10,40 — |
| Año (52 —)..... | 20 — |

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

| | |
|-----------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números)..... | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —)..... | 12,40 — |
| Año (52 —)..... | 24 — |

EXTRANJERO

Unión Postal.

| | |
|-----------------|------------|
| Trimestre | 9 pesetas. |
| Semestre | 16 — |
| Año | 32 — |

ARGENTINA (Buenos Aires)

| | |
|--|--------------|
| Agencia exclusiva: Manzanera. Independencia, | 856. |
| Semestre | \$ 6,50 |
| Año | \$ 12 |
| Número suelto | 25 centavos. |

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605, Habana

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. - MADRID. - Apartado 12.142

Los famosos

polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

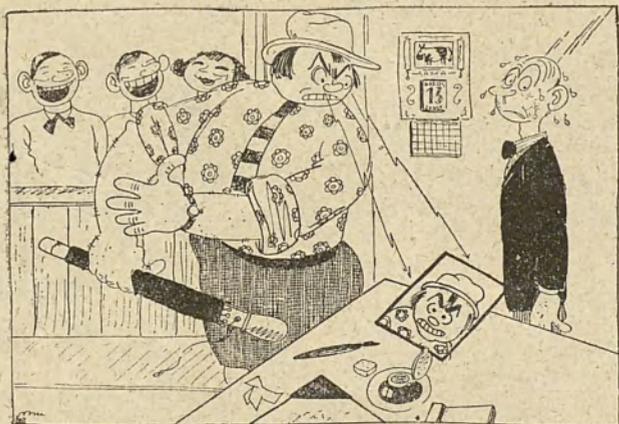
NUESTROS CONCURSOS

El del mes de junio

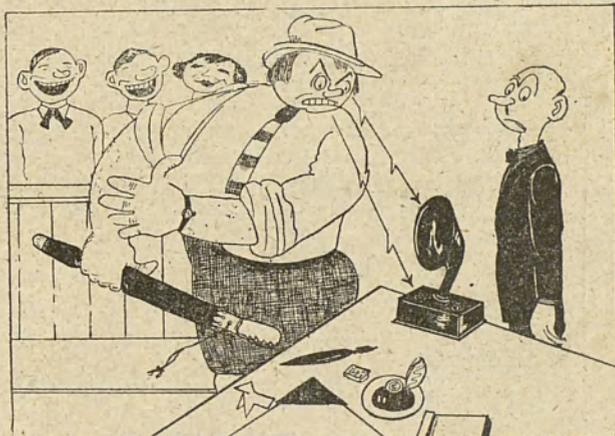
PRIMERA SERIE DE SOLUCIONES RECIBIDAS

José Manuel Vellido.—Bilbao.—Una carta.
Mariano Gómez.—Madrid.—El bisoñé del esposo.
Gabriel Prieto.—Pozuelo.—La felicitación del esposo a una dama.
Anita Sotomayor.—Aravaca.—Un niño.
Joaquín Naranjo.—Jerez de la Frontera.—Una carta.
Francisco Guerrero Pereira.—Portugalete.—El retrato de su suegra.
Ardura y Múgica.—Madrid.—El padrón.
Alejandro Núñez.—Madrid.—La pintura de los labios de una señorita.
M. A. de los Corrales.—Jerez de la Frontera.—Su propia caricatura hecha por su esposo.
Enrique Soto y Soto.—Madrid.—La "foto" de una dama.
José Domínguez Cruz.—Sevilla.—El retrato de una mujer.
María Luisa Ortega de Pablos.—Madrid.—Un gatito.
Francisco Martínez Benito.—Madrid.—El retrato del esposo con una mecanógrafa.

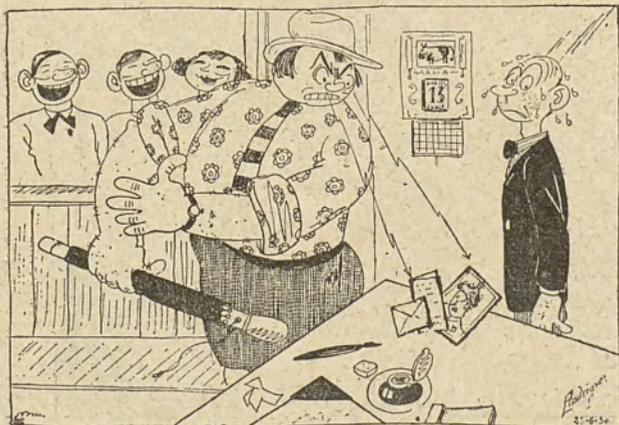
Teodoro Vera.—Bilbao.—El retrato de una señorita.
Angel García y García.—La Coruña.—Un retrato de la doncella.
Carmen Rodríguez.—Barcelona.—Un ratón.
Rafael Fantoba.—Valencia.—El bisoñé del marido.
Francisco Sánchez.—Aravaca.—Una carta.
Ramón García Fernández.—Madrid.—Un sostén.
Justa de Pablos.—Madrid.—Una botella de vino.
José Pereira.—Santander.—Un niño.
Francisco Ojeda Ruiz.—Málaga.—Un retrato de mujer.
Enrique Povedano.—Madrid.—Un número de BUEN HUMOR.
"Laja".—Madrid.—El retrato de una dama.
Mariano Mingot Ruescas.—Alicante.—Un retrato de su marido con otra mujer.
José Pareja.—Madrid.—Una carta.
Ramón Fernández.—Bilbao.—Un vaso de vino.
Pepita Sánchez.—Madrid.—El retrato del marido con una señorita.



Luis Esteban.—Madrid.



Ignacio Oller Fernández.—Madrid.



Esaú Rodríguez.—Albacete.



María Andrés.—Madrid.

CHISTES DE TODO EL MUNDO

—¿Ha estado usted sirviendo alguna vez?

—Sí, señora. Tengo doscientas setenta y cinco casas donde puede usted pedir informes.

(De *Monstique*, Charleroi.)

—¿Dónde vas, Joaquinito? ¿Vas a pescar, o a la escuela?

—No lo sé. Estoy precisamente luchando con mi conciencia.

(De *Hummel*, Hamburgo.)

—Este jarrón tiene dos mil años. Tenga usted mucho cuidado con él.

—No se preocupe, señor profesor. Lo cuidaré como si fuera nuevo.

(De *Lustige Blaetter*, Munich.)

—Pero, señora; no debe usted casarse otra vez. Su marido especificó en su testamento que su fortuna pasaría a su hermano, en ese caso.

—Ya lo sé, pero es que me caso con su hermano.

(De *Pages Gaies*, Iverdon.)

—¿Qué quisiera usted tener, un millón o doce hijas?

—Doce hijas.

—¿Por qué?

—Porque si tuviera un millón desearía tener dos, tres, diez, cien millones, y si tuviera doce hijas no desearía tener más.

(De *Muskete*, Viena.)

El padre (al novio de su hija).—Mi hija tendrá una dote de 10.000 libras, pero antes tengo que informarme de los antecedentes y circunstancias de usted.

El novio.—Suprima usted los informes y me conformo con 5.000 libras.

(De *Dorfbarbier*, Berlín.)

—Estoy orgulloso de mi hijo, que ha ascendido.

—¿Es ya director?

—No; pero era limpiabotas y ahora es peluquero.

(De *Berlingske Tidende*.)

—¿Qué hace su sobrino?

—Es un inventor.

—Y ¿qué ha inventado?

—Numerosos pretextos para sacarme dinero.

(De *Nebelspalter*, Zurich.)

El parroquiano.—Se me ha manchado todo el traje con la pintura de su tienda.

El tendero.—¿Pero no ha visto usted el cartel que dice "cuidado con la pintura"?

El parroquiano.—Sí, pero no lo he creído, porque también tiene usted un cartel que dice "huevos frescos", y no lo son.

(De *Monstique*, Charleroi.)

—Al llegar la primavera tengo que marcharme al campo.

—¿Le gusta a usted el campo? Y ¿qué hace usted por las noches?

—¡Oh, me voy a la ciudad!

(De *Faun*, Viena.)

—¿Quiere usted el té con rom o sin rom?

—Con rom, pero sin té.

(De *Dorfbarbier*, Berlín.)

El abogado.—Bueno; si usted quiere mi honrada opinión...

El cliente.—No, no. Yo deseo su consejo profesional.

(De *New Goblin*, Montreal.)



Perfumería Parera
BADALONA

Varon Dandy

AGUA COLONIA

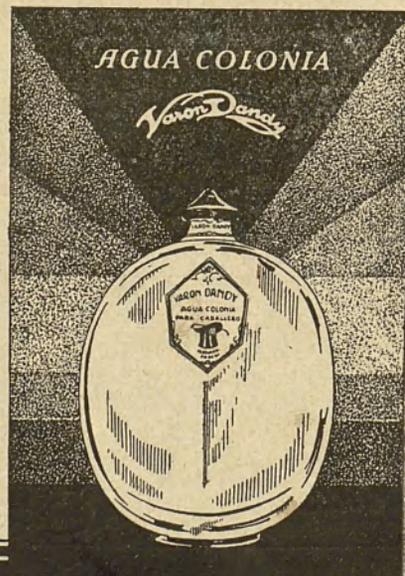
*El hábito
no hace al monje*

pero un perfume sí.

Un perfume hace y dice lo que es un caballero. Es el verdadero hombre, el que sabe distinguir lo propio de su sexo, el que mantiene la popularidad del

AGUA DE COLONIA
"VARON DANDY"

porque además de aséptica y tónica para el aseo e higiene de su persona, exhala una fragancia varonil que le distingue y le califica.





V E S T I R



ESTE es el bello ideal de la mayor parte de los individuos. Aun el más modesto llega a un momento de los más solemnes o más tiernos de su vida, donde tiene que destacar su personalidad y se viste con sus trapitos de cristiano.

Claro que hay algunos que descuidan su indumentaria de una manera deplorable, pero en el pecado llevan la penitencia, porque de nada sirve que sea usted una relevante figura del foro, de la política, de la literatura o de las finanzas, si se presenta con una corbata de lazo corrida hasta llevarla como un sígueme pollo, rodilleras y lastre en los codos de la americana; esa descuidada presentación le cerrará todas las puertas, y mientras personalmente no le conozcan verá recelo en los criados y escama en los dueños.

De que la criada que sale a abrir informe a sus amos que el que llama va mal o bien vestido, depende todo.

Un ladrón elegante siempre es bien recibido; una persona honorable con un traje viejo, no se la recibe incluso.

Por eso esta desgraciada clase media, entre la que nos contamos los escritores, lucha tanto por su indumentaria.

Parecer es, para esta clase de la sociedad, lo principal.

¿Qué luchas he tenido yo con la ropa y con las estaciones? Son tiempos pretéritos para mí; pero aquella tragicomedia de mi vida no la puedo olvidar fácilmente.

El retraso en poderme hacer ropa me tergiversaba las estaciones y no conseguía ponerme a tono con la temperatura.

Unas veces el abrigo que se retrasaba y que habría decidido hacerme prefiriéndolo al traje, aunque éste también estaba deslucido, pues me lo cubría el gabán, y el paletó proyectado en enero lo estrenaba en mayo.

Claro, en junio venía el aprieto con los primeros calores, y como no podía ir a cuerpo, seguía con el abrigo. Tenía que pretextar mi delicado estado de salud, mi friolerismo, el reuma, para el cual me convenía sudar para eliminar el ácido úrico. Pero, claro, ya en julio no había pretexto posible; me tenía que hacer un traje, y, claro, me lo hacía de verano; una tela delgadita, sin chaleco, que era muy barato, y entre el proyecto

de hacerlo y la realización pasaban días y lo estrenaba en septiembre, y en octubre llegaban los fríos prematuros, y como no podía sacar el gabán, con aquella telita de cebolla sólo me restaba presumir de fuerte y de refractario al abrigo.

Es decir, que en julio era enclenque y en octubre un roble. Iba yo en enero a cuerpo y sin chaleco, que daba miedo verme. El tiriteo se me hizo crónico y me tenía que meter las manos en los bolsillos para que no se me advirtiera la carne de gallina mientras que recibía la escarcha sobre mí como si fuera confetti.

Desconfiad, pues, de los pollos fruta de ahora, a cuerpo y sin sombrero; a lo mejor esos jóvenes destocados no van descubiertos por la razón de higiene y comodidad que exponen. Un roto prematuro en el flexible, una ráfaga que arrancó de una cabeza un hongo, que cayó debajo de un auto, ha hecho a un hombre tener que resistir los rigores del sol y de la lluvia en plena cabeza y le ha obligado a sumarse al número de los sin sombrero.

Cuántos hombres deben su suerte al corte de su ropa. Hasta en los afectos hace mella la indumentaria. Un pollo bien vestido inspirará mejor una pasión que uno vestido mal.

Figuraos un galán de películas con rodilleras; es inconcebible. La raya del pantalón es al galán amoroso lo que el suspiro al arobo.

¡Vestir! Palabra mágica que es el ayo de nuestra vida, el inductor de nuestra persona.

Un buen traje es como nuestra cultura exterior.

Nuestra vida es corte y confección.

ANTONIO PLANIOL

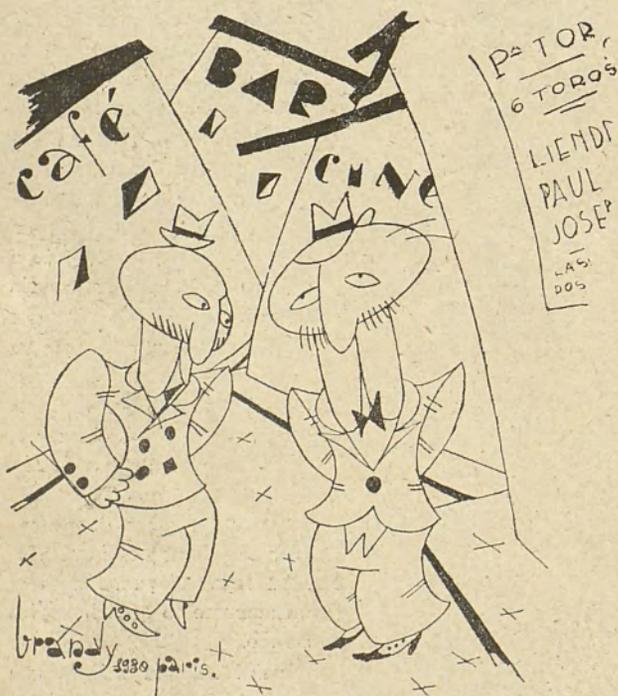


Dib. SILENO.—Madrid.

LO FALSO DE LA EXISTENCIA

LA GLORIA

Cuando mil hombres, ávidos de gloria,
poemas hacen hoy a mil tontunas
para ensalzar con ellos la memoria
de los Téllez, los Ponces y los Lunas,
¿no es natural en mí, que sé de historia
poco más que los niños en sus cunas,
no inquirir si un La Cerda es más que un Guarro,
y fumarme, impertérrito, un cigarro?...
¡Por Dios que sí!... Si nada hay positivo,
prefiero, ya que cuanto existe es humo,
al humo de la gloria cuando escribo
el humo del cigarro cuando fumo.
Sumando el bien que de los dos recibo,
más en el humo del cigarro sumo.
Luego si son las sumas desiguales,
hay, más que bienes, en la gloria males...
Verdad, aun cuando amarga, decisiva;
terrible desengaño, pero cierto.
El sabio despreciado mientras viva,
¿qué gloria gozará después de muerto?
Que un papelucho su exterior describa,
que diga que era chato o que era tuerto,
e ideas le atribuya un coetáneo
que jamás habitaron en su cráneo...
Y entre ocho, o nueve, o diez de esos que leen,
para editar sus "Póstumas" escoten,



—He perdido mi mayor acreedor.
—¿Se ha muerto?
—No; es que no he tenido más remedio que pa-
garle.

Dib. BRANDY.—París.

y dar la efigie del autor deseen
y, al ver que no hay retrato, se alboroten;
y, agotada la obra, clamoreen
y otra edición tras la primera agoten...
¡¡Todo para que, al fin, libro tan rico
lo vendan por la calle a perro chico!!...

LA ILUSION ROTA

Nunca temblé. Ni aun a la misma muerte
sentí pavor, en trance desgraciado,
y mi valor en todo he demostrado
si a prueba me lo puso aciaga suerte.
Ni tempestad que horripilante convierte
lago tranquilo en mar alborotado,
ni la misma mujer terror me ha dado,
permaneciendo, a sus horrores, fuerte.
Pero hoy siento esfumarse mi energía,
y veo con asombro peregrino
que mi valor se torna en cobardía.
De miedo tiemblo, sí, porque imagino
que en la taberna donde yo acudía
el tabernero va a subir el vino.

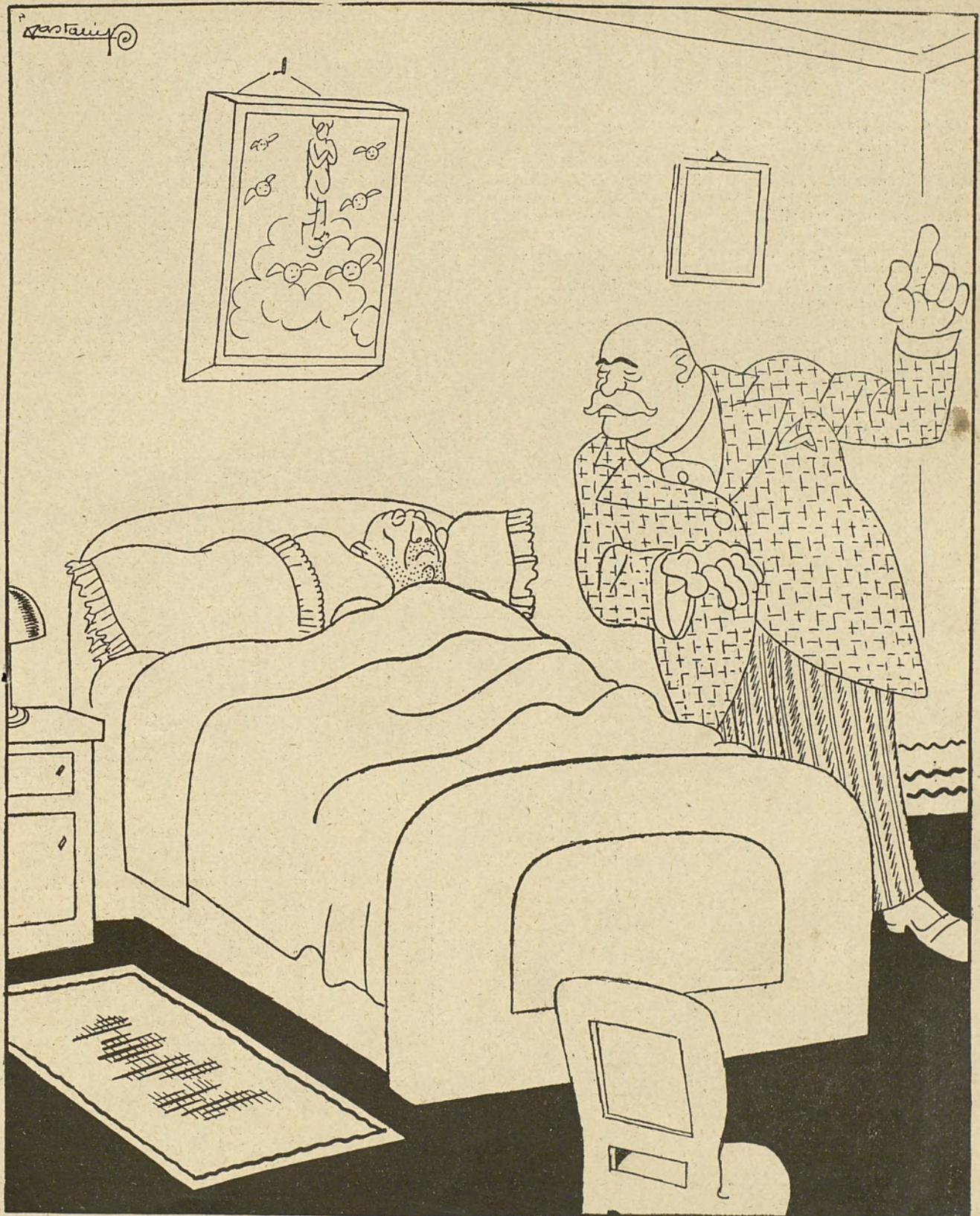
EL AMOR DEL PROJIMO

Sin escuchar la voz de su cuñada,
que es librepensadora,
don Juan, que a los presbíteros adora,
alumbrando se fué a la Inmaculada
en procesión grandiosa y esplendente,
cual cumple a todo humano si es creyente.
—¡Viva la Virgen!—musitaba un cura,
mientras don Juan decía con dulzura:
—¡Viva la fe que al feligrés consuela!—
Y fijaba los ojos en la vela,
que, al recibir del aire el fuerte beso,
iba gastando cera con exceso.
—¡Diantre!—pensó don Juan, algo escamado—
¡Me va a costar un pico el alumbrado!—
Y añadía después con dulce calma:
—¿Qué importa el pico si se salva el alma?—
Cuando pensaba así, con fe sencilla,
sintió en la rabadilla
un garrotazo atroz, descomunal,
que le atizaba un anticlerical,
hombre horrible, cruel, escrofuloso,
que gritaba furioso:
—¡Palo al gachó que con un cirio encuentre!—
Y le dió otros dos palos en el vientre,
mientras don Juan decía, haciendo un gesto:
—¡Gaste *usté* un duro en cera para esto!!...

LOS IDEALES POLITICOS

Saliendo por varios absurdos registros
se están definiendo muchos ex ministros;
y los que creíamos monárquicos sanos
se hacen socialistas y republicanos.
¿Puede así cambiarse cualquier ideal
como se le cambia a un niño un pañal?
¡A mí me parece, dicho en forma honesta,
que esto es definirse con la capa puesta!

X. X. X.



El doctor.—No se apure usted; es una operación sencillísima, y respecto al pago damos toda clase de facilidades: si usted no quiere pagar por adelantado, podrán pagarlo a plazos sus herederos.

Dib. CASTANY.—Barcelona.

LA CUESTION DE LOS EXÁMENES

Un Tribunal Supremo, o Superior

Dediquemos un artículo tercero a la decisiva cuestión de los exámenes. Hay que hacer patria, ¿no es así? Hay que emprender, desde luego, la regeneración, ¿no es así? Pues señal de que la patria se encuentra en la actualidad muy medianeja. Los culpables de que ande así ¿quiénes han de ser: los grandes o los chicos? Los mayores, ¿no es así? Pues entonces los mayores son los que no pueden tener ni voz ni voto; son precisamente los mayores los que tienen que someterse a examen previo de aptitud y capacidad. Y ¿ante quién? Ante quién ha de ser: ante los chicos... No van a examinarse a sí mismos los mayores. Si ellos son los que han dejado a la patria que decaiga y a la peseta que enferme, que comiencen por callar, por estudiar, por remendarse si pueden y por presentarse a examen para que los juzguen los demás: los chicos y las señoras.

Entonces sí que se depurarán, en efecto, las responsabilidades; mientras tanto, ¡boberías!...

En el artículo anterior tuvimos a bien presentar un proyectito, una pequeña

muestra de examen en donde los maestros y doctores serán los examinados, y los examinadores, los alumnos.

La aceptación del proyecto ha sido grande. Una comisión de examinados se ha presentado en nuestra Redacción a ofrecernos un surtido de específicos en agradecimiento y adhesión a la hermosa idea, y a referirnos los tres actos de un bonito drama de costumbres que ha sido representado tenemos entendido que este año. El drama es como sigue:

PRIMER ACTO

Un tribunal de exámenes del antiguo régimen: o sea, el catedrático, doctor en Medicina, en el tribunal, examinando al discípulo.

Doctor.—Vamos a ver; ¿qué haría usted con una enferma atacada de hemorragia incontinente?

Alumno.—Le recetaría un sello de ergotina.

Doctor (Con despectiva suficiencia).—Vaya usted con Dios, infeliz... Retírese... y sepa usted de hoy en adelante que la ergotina se da en gotas.

SEGUNDO ACTO

Una farmacia céntrica y famosa.

El hermano del alumno y el alumno.—Un sello de ergotina, haga el favor.

El mancebo.—En seguida, caballero. (Salen del establecimiento con el sello.)

TERCER ACTO

La Universidad de San Carlos.

(El alumno suspendido; el hermano del alumno suspendido; el catedrático suspendido. El segundo se acerca al tercero.)

La mano izquierda del hermano del alumno suspendido.—Tenga usted, señor catedrático, este sello de ergotina, para que se entere usted de que se despachan de ordinario en las farmacias a todo el que se le antoja—aunque usted crea que no—sellos de ergotina.

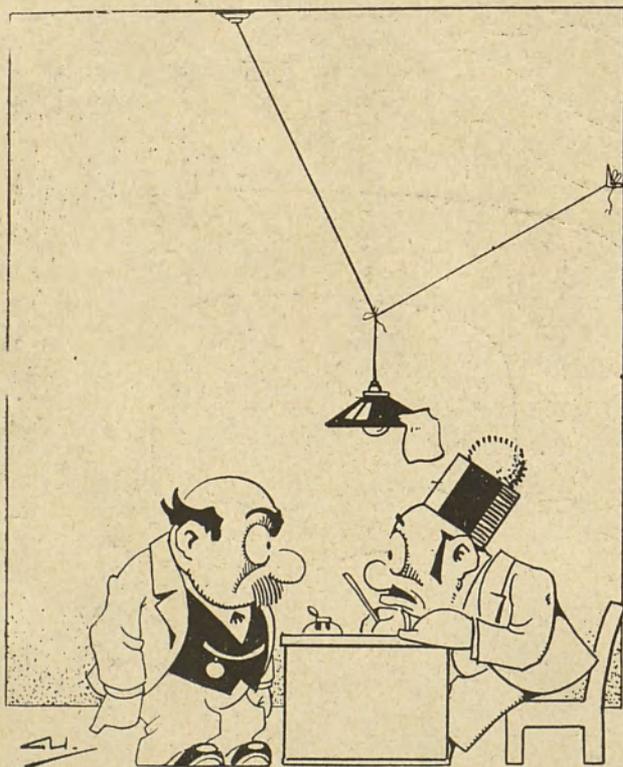
La mano derecha del hermano del alumno suspendido, en la mejilla izquierda del catedrático.—¡¡¡Paff!!!

TELÓN

Muy bien; pues una vez indicado el funcionamiento de ese tribunal examinador compuesto por escolares, vendrá otro tribunal, destinado igualmente a examinar el grado de competencia de los catedráticos que están en uso de cátedra, pero formado por damas; formado, sí, por las respectivas señoras de los catedráticos en cuestión.

—Veamos—dirán las señoras, calándose los impertinentes y contemplando con aire de suficiencia congenitísima al pobre señor catedrático que esté de reo, sentado frente a ellas—. No saque usted bolas, no... ¡Eso quisiera usted!... Todo eso de las bolas lo dominan ustedes que da gusto... Eso es lo que ustedes llaman ciencia: aprenderse cincuenta bolas y contestar a la que salga... ¡Comodísimo!... Ya, ya... Nosotras no queremos eso... Queremos que nos conteste a unas preguntas de bachillerato elemental... No el bachillerato de ustedes, no, señor... El nuestro. Usted sabrá, por ejemplo, cuántos pistilos tiene la flor del garbanzo.

—Sí, señora... El garbanzo, planta foliácea, conocida ya en Macedonia y llamada en latín...



—Y sus medios de vida, ¿cuáles son?

—Por la mañana acostumbro a tomar café con leche.

Dib. URDA.—Barcelona.

—Pare, pare, pare... Si de eso estamos seguros; de que usted sabe el nombre del garbanzo en griego y en latín, lo tenemos nosotras por seguro... Lo que nosotras queremos que nos diga es la clase de cochura y el precio de estos garbanzos...

Y le enseñarán al profesor un puñadito...

El profesor se quedará mirando aquello como un párvulo. Y se pondrá colorado.

—¿Qué le parece a usted, vamos a ver? ¿De dónde pueden ser esos garbanzos, de Macedonia o de...?

—No lo sé...—murmurará el catedrático. Eso no tiene importancia...

—Para el precio sí, dispense... Pero, en fin... ¿Cómo se cocen?...

—Sometiéndolos a cocción.

—A cocción; muy bien, muy bien... Lo de la cocción es verdad. Lo de "someterlos", no... No hay que someterlos, ¡pobrecillos!..., se dejan, los infelices, hacer lo que les hacemos... Pero lo de la cocción es verdad... Explíquenos usted cómo se cocen.

—Se sumergen en un recipiente lleno de agua destilada a la temperatura de seis grados centígrado, y se coloca el recipiente en la parte superior de una cavidad llamada hogar, en donde unos 300 gramos de carbón sometidos a combustión...

—Y ¡dale con "sometidos"! ¡Pero si no hay que someterlos, criatura!... A usted habría, sí, que someterlo para que se dejara achicharrar en la parrilla; pero a los carbones, no... Se dejan combustionar, los pobres, por las buenas, sin necesidad de someterlos...

—Pues la combustión gradual de los carbones eleva el agua del recipiente a 100 grados, y se produce en la esférula leguminosa llamada garbanzo una alteración físico-química en la cual...

—Bien, bien... En la cual resulta que unas veces salen duros, y otras blandos... Y cuando no salen blandos, usted, eminente químico, botánico eminente, pone el grito en el cielo a su señora... Díganos usted ahora—con los mismos gritos, si quiere—cómo se consigue que el garbanzo salga con el punto necesario para que un eminente doctor, catedrático en ciencias bioquímicas, se coma el cocido y calle.

Como será inútil esperar a que el catedrático conteste, podrá intervenir otra de las catedráticas para variar las preguntas...

—Le pone a usted su señora de principio una raja de merluza que pesa 215 gramos, a 4,15 el medio kilo... ¿Cuánto habrá que pagar al pescadero?

—Muy sencillo: a es a b , como c es a x ... Llamando c a la raja, y aplicando la regla de tres simple...

—Usted sí que es simple, hombre... ¿No ve usted que el pescadero es un granuja que le dice a usted, de pronto, una cuarenta, y usted tiene en el acto,

porque la pescadería está llena, que saber si es aquello verdad o si le sisa tres perras?...

—Pasemos a otra asignatura. A ver si de ésta siquiera sabe algo... ¿Cómo se cosería usted un botón si no tuviese usted a mano una mujer que lo hiciera mientras usted se impacienta porque tarda?... Muy bien... ¡Ajajá! Eso es, sí: enhebrando la aguja con hilo y, dado por supuesto que los agujeros del botón son A, B, C, y D, metiendo y sacando la aguja por los A-C y por B-D... Muy bien. Pues... ¡cósalo!... ¡Ave María!... Jesús... ¿Ve usted? No sabe usted ni eso...

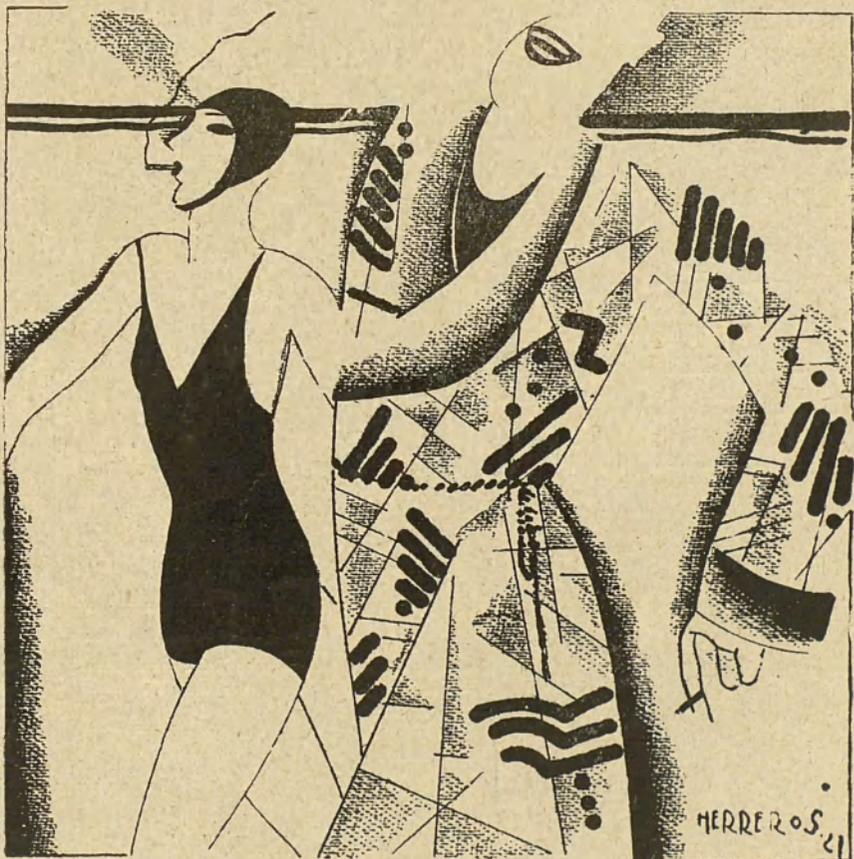
—Menos sabrá usted, entonces, esas asignaturas difíciles: la de ponerse un loro, p. ej., de sombrero, y no hacer el ridículo... ¿Sabe usted? ¡No sabe usted! Ya me lo estaba yo figurando...

—Y del arte de ser agradable... ¿ha hecho usted prácticas de eso?... Me ha dicho su señora que con ella es usted de una insuficiencia que atufa; o, si quiere usted otra expresión, que hidrocarbura...

Parece que usted está siempre diciéndole: "Y a ti, qué..., tú no entiendes nada de eso"... Y está usted con la muletilla: "Como las mujeres sois así"... ¿Me quiere usted decir qué ha hecho usted este año?... ¿Han conseguido ustedes que los alquileres bajen?... ¿Han conseguido que se cure la peseta?... ¿Han inventado ustedes un hombre un poco más nuevo que los de antes o que esté, por lo menos, en buen uso?... ¿Nada de eso?... Entonces, ¿qué?... ¿Qué quiere usted entonces enseñar?... ¿Sabe usted cuando menos enseñar las piernas? ¿A ver?... ¡Tampoco!... Y ¡más vale!... ¡Luego se extrañarán que sea una mujer la que se lleve, como ahora Raquel Meller, la Legión de honor de Instrucción Pública!... ¿No sabía usted que en Francia se la han dado? ¡Pero usted no sabe nada!... Quédese para septiembre...

Hasta septiembre, pues, lector, y ¡a ver si eres bueno y estudias cosas que merezcan la pena!...

MANUEL ABRIL



Ella.—Vivimos de esperanzas más que de realidades. La felicidad consiste en perseguir algo, no en alcanzarlo.

El.—¿Cómo se conoce que no ha corrido usted detrás de un tranvía en día de lluvia!

Dib. HERREROS—Madrid.

CONCURSO

DEL

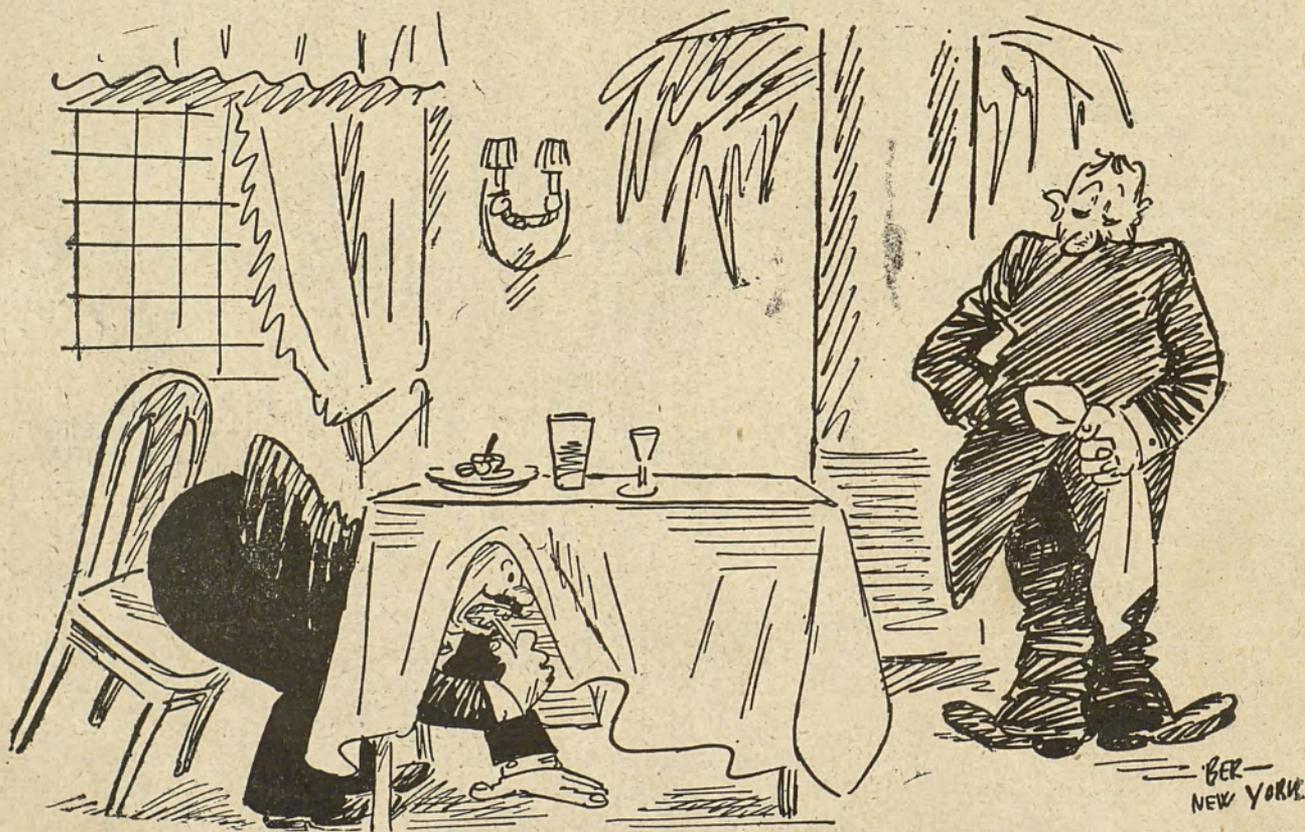
MES DE JULIO

El concurso que ofrecemos a nuestros lectores para el mes de julio es el siguiente: Nuestro ilustre colaborador el formidable sueco *Bergstrom*, nos envía desde Nueva York, donde reside actualmente, el mono que en esta página reproducimos. Por olvido del dibujante, el mono viene sin pie. El concurso, pues, consiste en dar un premio de

CIEN PESETAS

en billetes o metálico, al ingenioso lector de *Buen Humor* que nos remita la leyenda más graciosa y que más expresivamente le sirva la escena representada en el dibujo.

El plazo de admisión de soluciones terminará el día 31 de julio próximo.



AQUI SE ESTARA BIEN

Se halla el celoso Municipio de esta soberbia capital dando señales evidentes de una febril actividad.

El admirable alcalde nuestro tiene intención de mejorar desde la calle de Peligros hasta el Arroyo Abroñigal.

El pasear por las afueras, dentro de un año cuando más, va a ser igual que trasladarse al paraíso terrenal.

Las carreteras, en su origen, tan bien cuidadas van a estar, que en sus cunetas comer sopas seguramente se podrá.

Las arboledas que se planten rango de bosque adoptarán, donde veremos alcornoques en formidable cantidad.

Nuestros ediles han dispuesto (yo no sé al cabo lo que harán) que haya en Madrid y en sus contor-
[nos

casas baratas que alquilar, y de seguro, con el tiempo, más de un obrero vivirá dando anualmente dos pesetas por un hotel con vino y gas.

Del tercer trozo, por supuesto, de la Gran Vía, no hay que hablar. Yo no he de verlo concluido, pues no me precio de inmortal; pero confío seriamente en que, llegado lo de la resurrección de nuestra carne, aun podré verlo terminar.

El buen alcalde que nos rige, a los mendigos mandará que, en vez de hacer lo que hasta
[ahora,

nos den limosna a los demás.

Y nos va a dar un alumbrado que el mismo sol envidiará, y además va a ponernos piso con mermelada de alquitrán.

Sobre el impuesto de Consumos que de las carnes muertas hay, como el Concejo es enemigo de esa gabela tan brutal, dice que puede que algún día al que a Madrid desde Alcalá traiga un jamón en las alforjas le den dos duros al entrar.

Y con Gran Vía y sin fieltos, y con las casas "regalás", y con amenas "garden partis" en los solares de Tetuán,

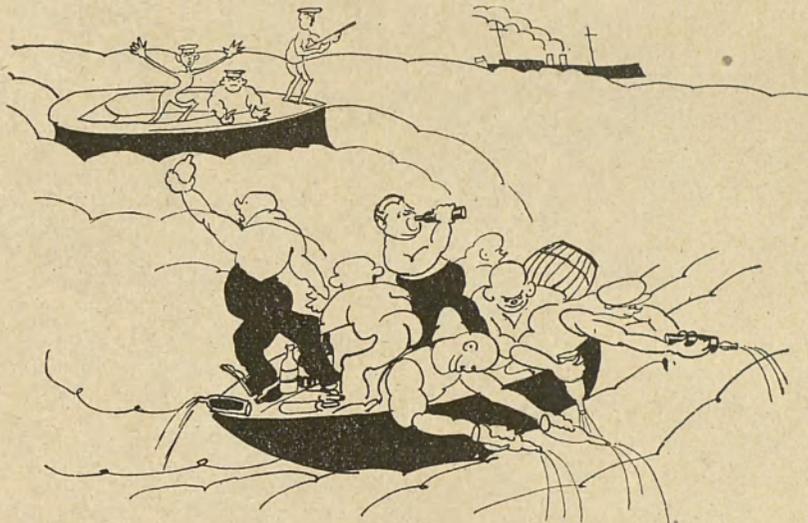
y con flamante adoquinado que nos ofrezca suavidad, y focos mil que nos obliguen lentos ahumados a llevar,

¿quieres decirme, lector mío, dónde vivir mejor podrás que de Madrid en la gran "ubre", como la llama un concejal?

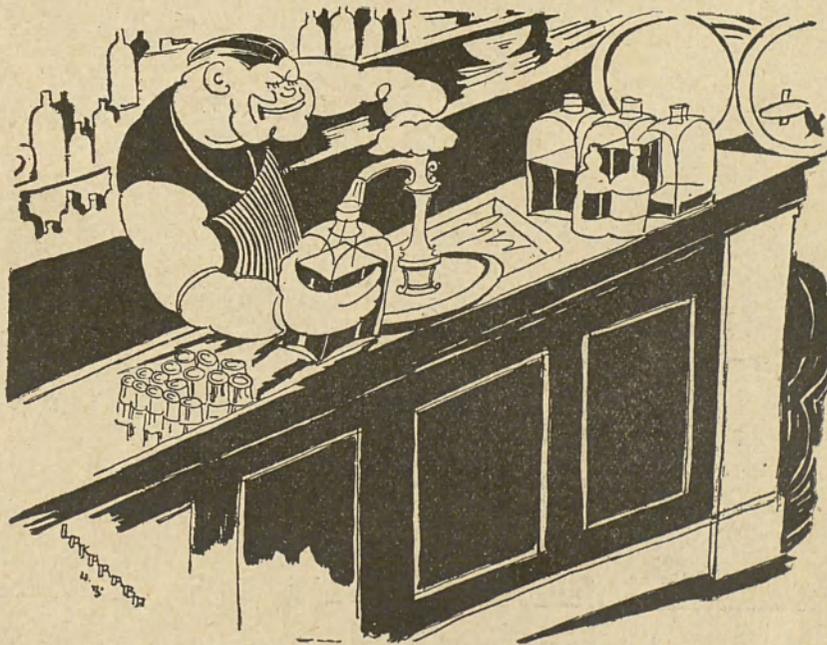
¡Soñemos con lo que el alcalde, si tiene ganas, ha de obrar! ¡"La vida es sueño"..., como dicen en un salón que fué corral!

JUAN PEREZ ZUNIGA

LA LEY HUMEDA Y LA LEY SECA



Perseguidos por las autoridades, en América, vino al agua...



... precisamente todo lo contrario de lo que ocurre en los Madriles...

Dib. LAKARABA.—Madrid.

UNA MUCHACHA SIN NOVIO

I

A pesar de su esbelto tipo, la señorita Marcela, mecanógrafa de belleza bastante atractiva, carecía de novio. Los empleados del despacho la consideraban tan solo como un camarada. En la oficina, ella era un funcionario más. Por la calle, en contra de los deseos de Marcela, jamás solía tropezar la muchacha con

algún individuo que le hiciese el amor.

La joven pasaba amargos instantes cuando sus compañeras de trabajo, las otras dactilógrafas, le confiaban noticias respecto a noviazgos.

La señorita Marcela tenía vehemente afán por disponer de un novio.

Realmente, ¿no se iba ya retrasando algo en presentarse el hombre ansiado, ese ser que habla de amor, perjeña al-

miradas misivas y tiene, por contera, la obligación de pagar la merienda a la amada?

II

Como transcurría el tiempo sin que el novio auténtico llegase, la señorita Marcela se inventó un ser imaginario que le rindiese amor, al objeto de no hacer un papel desairado ante sus amistades.

Afirmando que su rondador encontrábase en Barcelona, la mecanógrafa se escribía a sí misma largas cartas, en la máquina, durante la mañana, que es cuando faltaban los jefes.

Las epístolas eran de un estilo apasionado, ocupando muchas caras de papel las sentimentales comunicaciones. La señorita Marcela redactaba para ella dos cartas amorosas por día.

Gracias a tal correspondencia, la bella muchacha, a la par que engañaba a sus conocimientos con la falsa existencia de novio, se hacía la ilusión de ser inspiradora de un gran fervor amoroso. Las misivas tenían enternecedores y poéticos encabezamientos: "Deliciosa amada de mi corazón..." "Chatilla de mi vida..."

III

Pasado un año, la muchacha se había escrito seiscientas cartas. Podría formarse un grueso volumen de literatura amorosa con la correspondencia confeccionada por la señorita Marcela.

La bella mecanógrafa prosiguió representando ante las gentes la novela de aquel novio fantástico. Para engañar a las compañeras de oficina, de vez en cuando la muchacha solía presentarse en el despacho con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Qué te acaece?—interrogaban las demás dactilógrafas.

—¡Un disgusto tremendo!—gemía la señorita Marcela—. El villano de mi novio, después de tan largas relaciones, pretende no casarse conmigo...

Las compañeras replicaban:

—Ya se arreglará el asunto, mujer...

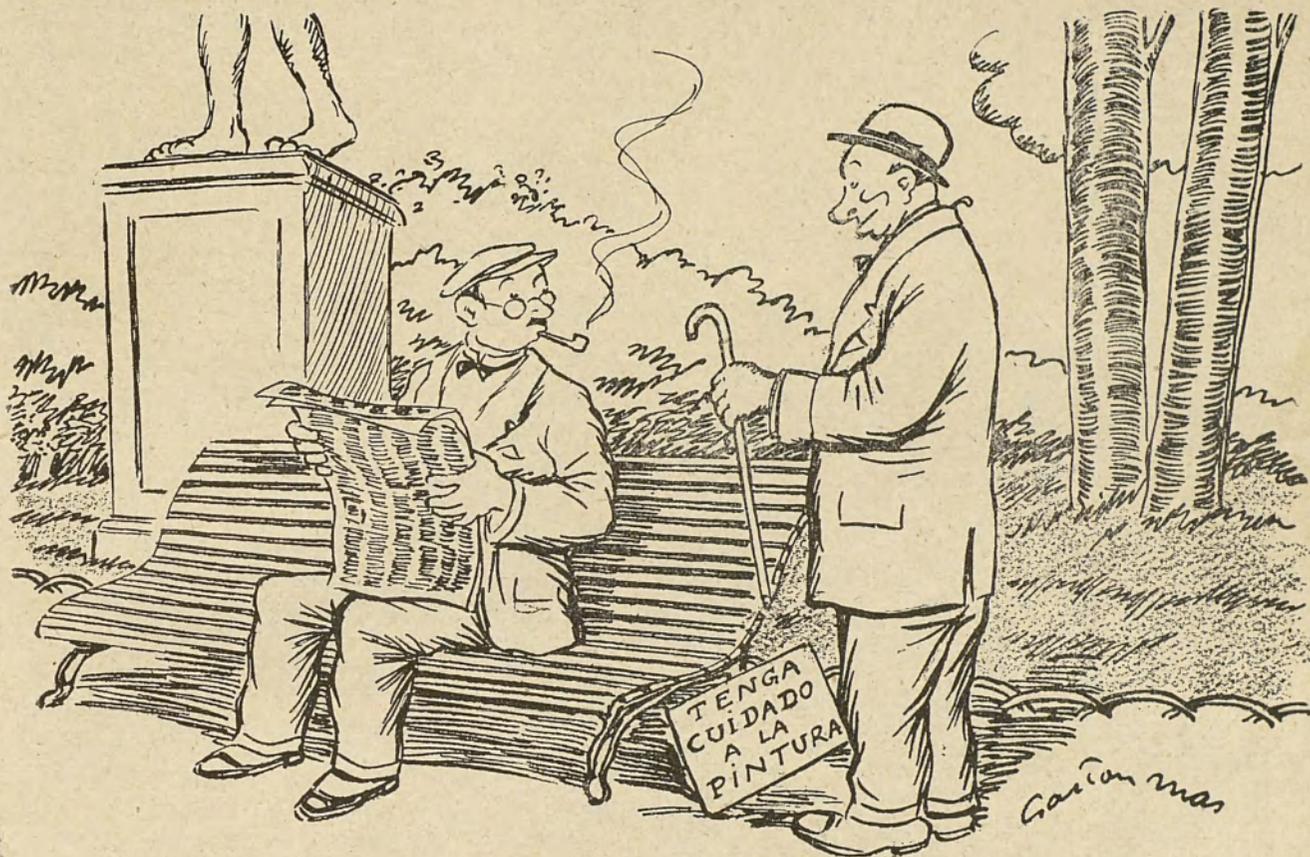
La mecanógrafa, entre dos hipos, concedía:



—Yo soy un huésped de confianza. ¡Si viera usted cómo lloraba mi patrona cuando dejé la otra casa!

—¿Sí? Pues... aquí se paga adelantado.

Dib. TAULER.—Madrid.



—¿Qué, no se sienta usted un ratito?
—Estoy esperando que se levante usted, para ver si está bien seca la pintura.

Dib. GASTÓN MÁS.—París.

—Sí... Tal vez... Pero ¡cuánto nos hacen padecer los miserables hombres!

IV

Tal entusiasmo producíale a la señorita Marcela su sentimental literatura, que acostumbraba ir releendo en el tranvía y en el "Metro", al retirarse a su domicilio, las cartas por ella compuestas.

Sabemos que se da pruebas de pésima educación; pero instintivamente cada viajero gusta siempre de atisbar, de un modo muy disimulado, los periódicos y papeles impresos que lee el vecino de asiento. Por tanto, no puede chocar que, en cierta ocasión, un muchacho no mal parecido, que iba sentado en el tranvía

junto a la señorita Marcela, lanzase indiscretas ojeadas sobre las líneas que la muchacha devoraba con tanto interés.

El fisgón viajero se percató que tratabase de una correspondencia amoratoria. Miró más detalladamente a la mecanógrafa, hallándola linda. Por la imaginación del jovencuelo, surcó la idea de que resulta una chanza muy divertida el birlar la dama a un galán a quien no se conoce.

Al apearse la señorita Marcela del tranvía, el muchacho se fué tras ella, piropeándola, dispuesto a llevar a la práctica la burla ideada. El inexperto joven ignoraba que en ocasiones las bromas de esa especie, pueden conducir a la tragedia del matrimonio.

V

Actualmente, la señorita Marcela va a todos los lugares cogida del brazo del joven viajero del tranvía. La pareja se halla en relaciones amorosas desde el día de su encuentro. Los dos tórtolos pasean idílicamente por calles y plazas.

La mecanógrafa se considera feliz. Tan sólo lamenta la muchacha que su futuro no acostumbra a escribirle cartas de amor. Pero, a decir verdad, la señorita Marcela no se muestra demasiado decepcionada de tal falta, pues la joven razona que siempre resulta preferible poseer novio sin correspondencia, que tener correspondencia sin novio.

LUIS ESTEBAN

LOS CAPRICHOS DE LA MODA

Usa para su boato
la mujer mil garambainas,
y ahora tocan las polainas
por encima del zapato.
Polainas, o calcetines,
o vendas, o lo que sean,
para que mejor se vean
sus *pinreles* chiquitines.
La utilidad de tal prenda,
por Dios, que no se me alcanza;
y la misma que la lanza
quizás tampoco la entienda.
Porque el caso, en puridad,

es que no pase un segundo
sin alguna novedad;
ya que la *diversidad*
es la *sirena del mundo*.
Por eso, en su ligereza,
las hembras cambian sus modas
con deleitosa presteza;
ya que suelen llevar todas
un *tío vivo* en la cabeza.
¡Tío vivo! Lo he dicho pronto
e inexacto el giro encuentro;
pues que algunas llevan dentro
de la cabeza a un *tío tonto*.

¡La veleidad; femenino
atributo de las bellas!
¡Cuán cierto es que todas ellas
son un *viviente molino!*
Molino que se advina
en ellas desde que nacen;
molino con el que hacen
nuestros bolsillos *harina*;
porque primero fué el traje
que achicaba con coraje
y sin tregua su extensión.
Luego el pelo a lo *garçonne*,
a lo *Manolo*, a lo *paje...*
Y las *uñas* de colores.
Y las cejas depiladas.
Y esos filtros rizadores
de pestañas mal paradas,
y, en fin, esas mil *pavadas*
que tornan a las mejores
mujeres—humanas flores—
en *peponas mal pintadas*.
Y ahora es la *polaina* esa
que usan las *niñas frambuesa*,
vamos: las de *alto copete*,
y que parece un grillete
que sus tobillos apresa.
Y siguiendo ese camino,
a que llegemos, no dudo,
a ver el pie femenino
con sortijas y desnudo,
o entablillado a lo chino.
Y pronto por esas calles,
sin pérdida de detalles,
irán las hijas de Eva
sin tela sobre los talles.
(¡Gran Dios, que caiga esa breva!)
O acaso las infelices
sobre sus carnes ligeras
lleven dorados barnices
(como romanas galeras
de otros tiempos más felices).
Y en vez de ligas, pulseras;
collares en las caderas.
Y anillos en las narices.
Y a proseguir de este modo,
lo del *hombro* irá en el *codo*.
Las *espinas* serán *flores*.
Lo *moruno* será *godo*.
Y las *sombras*, *resplandores*.
Y las *perlas*, *barro* y *lodo...*
¡Porque la cuestión, señores,
aunque resulten horrores,
está en trastocarlo todo!



—¿A usted le gustan los grillos?
—¡Ya lo creo!... Con la lechuga están riquísimos...

Dib. CASERO.—Madrid.

JAVIER DE BURGOS



—¿No puede usted rebajarme éstos?

—No; pero puede usted llevar estos otros.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

UNA HAZAÑA DEL DIABLO

Pepito (el buen Pepito que todos conocéis, y a quien todos odiáis, porque con su bondad ha sido el culpable de que muchas veces os hayan fastidiado obligándoos a imitarle) parecía comenzar a aburrirse de ser tan bueno y hasta llegó a pensar que era una práctica idiota la obligación que se había impuesto de besar la mano a sus padres cada vez que volvía de la escuela.

La bondadosa criatura tenía que despertarse todos los días demasiado pronto, y en seguida lavarse muy bien la cara y las manos para que los niños de todos los colegios supieran que lo primero que debe preocuparnos cada día es el personal aseo.

Bien hubiera querido Pepito haber dejado de lavarse muchos días; pero si tal hubiese hecho, su prestigio de niño bien criado hubiese padecido, y además su papá le habría dado unos tremendos azotes...

Y lo que más temía Pepito era una paliza paternal, desde un día que su padre llegó a casa muy satisfecho, como si

hubiera realizado un buen negocio, y se encaró con el niño, diciéndole:

—Escúchame, Pepito. Tú siempre has sido muy bueno, muy limpio y muy estudioso, y quiero que sigas toda la vida así. Si me obedeces y continúas dando buen ejemplo a los niños de las escuelas municipales, te seguiré llevando al campo todos los domingos y explicándote el cultivo de los cereales, cosa que te servirá de mucho cuando seas mayor, sin que por eso puedas creer que te vas a librar de hacer oposiciones a Aduanas. Pero, óyeme bien: el día que cambies de conducta me darás un disgusto muy grande, y yo, en cambio, te daré a ti un palizón del que te acordarás toda la vida... Nada más; puedes retirarte a estudiar tu lección.

A Pepito le sorprendieron desagradablemente aquellas palabras de amenaza. El no creía merecer otra cosa que caramelos y caricias, y ahora resultaba que el único premio que le brindaban era llevarle al campo los domingos y martirizarle haciéndole saber cómo crecía el

trigo y cómo más tarde con él se amasaba el pan que el propio Pepito comía.

—Pues sí que me espera un porvenir divertido—pensó el chico—. Ganas me están dando de salir a la calle y liarme a pedradas con las bombillas del alumbrado público; siquiera así me entreteñdré un poco...

Pero pronto comprendió que si adoptaba semejante actitud el diablo se reiría mucho e iría después por la noche a su alcobita a llevarsele el alma a los infiernos.

Y Pepito decidió continuar siendo bueno, limpio y aplicado.

Desde aquel día en que prometió maltratarlo mucho si dejaba de ser bueno, el papá de Pepito se dedicó a cuidar de su hijo para que éste no variase de conducta.

Para esto abandonó la oficina, donde dormitaba todas las mañanas, y decidió que un profesor fuese diariamente a cuidar de la cultura del niño. De esta manera Pepito no se pudo ver ya libre ni un solo momento de la presencia paternal, y comenzó para él una era de terribles torturas.

A la hora de merendar tenía que salir a la puerta de su casa y entregar el pan y el membrillo de su ración a una ancianita, que pronto se acostumbró a pasar por allí todas las tardes.

—Tenga usted, hermanita—decía Pepito de mala gana—; cómaselo, que yo, como he almorzado a mediodía y esta noche me dará de cenar seguramente mi buena mamá, puedo muy bien privarme de la merienda...

Y por si alguien dudaba todavía de su buen corazón, cargaba con el morral de la mendiga, bien repleto de pan duro y de restos de la comida de muchas familias acomodadas, y lo llevaba hasta las afueras del pueblo, donde la vieja tenía su albergue.

Al regreso, le era imposible esquivar el encuentro de un leñador, también anciano, que se había aficionado a cederle el haz de leña, cada día más pesado, hasta que llegaban a la carbonería del viejo, sita unos pasos más allá de la casa del niño.

Mientras tanto el padre le seguía de cerca, vigilando cuidadosamente sus pasos, y hasta llegó a hacerse amigo del anciano leñador, con el cual solía conversar y fumar algún pitillo, en tanto que Pepito acarrea la leña.

Tenía, además, que lavarse las manos varias veces al día, echar migas de pan a los pajaritos, despojar de las latas de conservas las colas de todos los perros vagabundos, y de vez en cuando



—¿Y de qué ha muerto Ernesto?

—De apendicitis.

—¡No es posible! ¡Un chico tan bien educado!...

Dib. PILAR.—Madrid.

sufocarse mucho jugando a la pelota, para beber agua en seguida y fingir que se moría de una bronquitis.

Sin embargo, seguía siendo bueno, aplicado y limpio, y su mamá decía con orgullo a las amistades que el hijo de su alma era un hombrecito muy formal, aunque algo feo.

Un día el papá de Pepito, que se había vuelto un poco chulo y un poco vago desde que su hijo había empezado a tener fama de bueno, tuvo que salir de viaje a la capital.

—Hoy no puedo acompañarte—le dijo—; pero sé tan bueno como todos los días y no dejes de llevar el zurrón de la mendiga hasta su casa, sin olvidarte de traer a la vuelta el haz del leñador anciano.

El niño nada objetó y salió como todos los días a la puerta de la calle, dispuesto a regalar el pan y el membrillo de su merienda a la anciana de siempre.

Pero, aprovechando la ausencia del padre, estaba aquella tarde Satanás a la puerta de la casa, y dirigiéndose al chico le empezó a tentar.

—¡Hola, sabihondo!—exclamó el diablo con una sonrisa de perdición—. ¿Vienes a hacer ya el burro como todas las tardes?

—Caballero, no tengo el gusto de conocerle a usted—contestó Pepito dignamente.

—Tú lo que eres es más tonto que el caballo de Calígula, y todos los chicos del pueblo se ríen de ti y hasta te ponen motes, ¡so memo!

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por tonto. ¿Te parece bien estar haciendo sandeces todo el día, mientras los demás chicos están matando gatos a pedradas y robando fruta de los árboles?

Y el diablo, poco a poco, arteramente, fué infiltrando en el alma de Pepito el espíritu del mal. Así, cuando llegó la ancianita de todas las tardes, el niño se había merendado todo el membrillo y la corteza del pan.

—Confórmese con la miga, si la quiere—se atrevió a decir descaradamente—. Y en cuanto al zurrón, ya puede ir tirándolo, porque hoy no estoy dispuesto a hacer el maromo.

En seguida partió a correr calle abajo, cuidando de meter los pies en todos los charcos y mancharse bien de lodo, como lo hacían los niños dejados de la mano de Dios.

Antes de doblar la esquina se volvió hacia la anciana y gritó, riendo como había visto reír al demonio:

—¡Ah!, se me olvidaba. Si ve usted al viejo leñador, dígame que se compre una mula...

Y perdióse para siempre en las tenebrosas sendas de la corrupción y de la maldad.

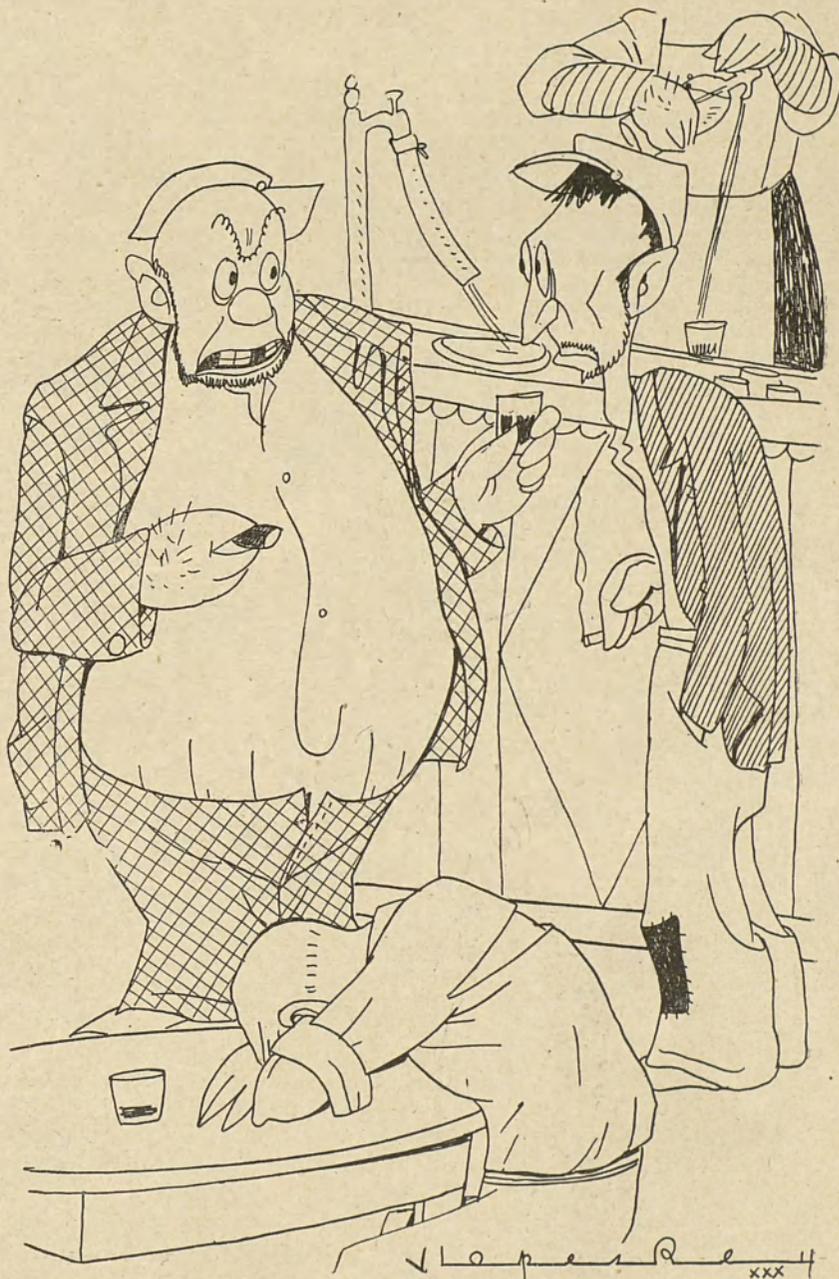
Al día siguiente, el editor que tenía contratada con el padre de Pepito la exclusiva para la venta en los colegios municipales de la historia del niño, rescindió su compromiso, y entonces el papá tuvo que buscar otra oficina.

Pepito ha aprendido a fumar y hay que darle grandes palizas para conseguir que se lave la cara.

El padre no se preocupa ya de él; pero su pobre mamá sufre mucho y dice un poco sonrojada que su hijo se ha hecho un golfito, pero que es muy guapo el condenado...

José MARIA AGUIRRE

Madrid, mayo 1930.



DOS HOMBRES EN UNA TABERNA

—Yo no he tenido suerte en mi vida. La única vez que me decidí a robar en una tienda, entré en un almacén de pianos de cola.

Dib. LÓPEZ REY.—Valencia.

DIGNIDAD PROFESIONAL

Los pordioseros de la corte y villa,
esos que piden de manera adusta,
todos, velando por la negra honrilla,
cosa muy natural, lógica y justa,
imitando el ejemplo de otras clases,
acaban de formar un sindicato
con arreglo a unas bases
que nos habrán de dar más de un mal rato.

Ocurre que la grey menesterosa,
atenta a la angustiada
y grave situación en que hoy se halla,
velando por su vida
quiere dar, valerosa y decidida,
a las viejas costumbres la batalla.

Y en su vista, la gente pordiosera
desde ahora se propone
tarifar la limosna callejera,
lo cual su ansiada redención supone.

Pues dar un perro chico a un pobre cojo
que arrastra su existencia miserable,
o al desdichado que le falta un ojo,
¡resulta una engañifa intolerable!

Y firmes los que piden en su idea,
y a fin de que no triunfe la engañifa,

no admitirán limosna que no sea
con arreglo a tarifa.

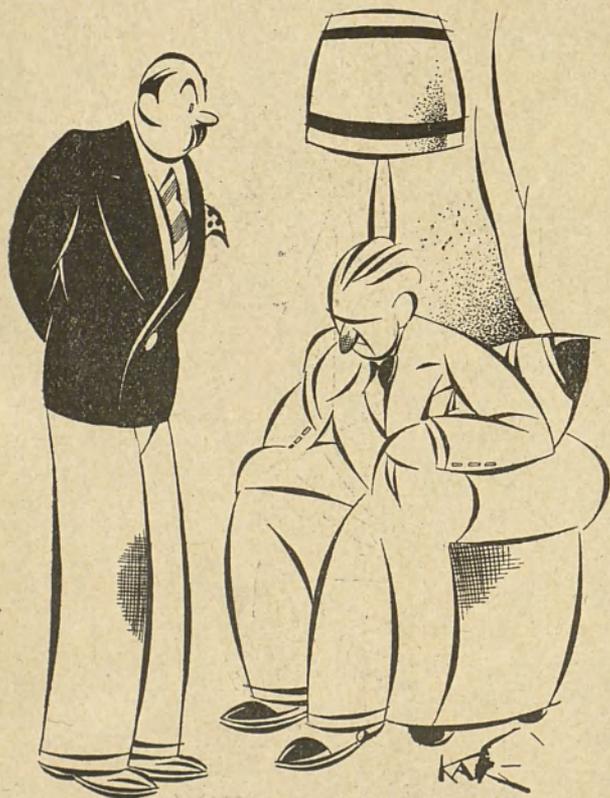
Porque dado lo caro que está todo,
y cuando aquí no hay modo
de que puedan vivir pobre ni rico
porque tienen vacía la despensa,
¡el dar a un pordiosero un perro chico
es hacerle una ofensa!

¡Pues ya que se socorra a un indigente,
que sea, al menos, decorosamente!

Desde hoy día, los pobres madrileños,
a los que siempre se persigue en balde
y de la vía pública son dueños
sin temor a los bandos del alcalde,
aunque la pidan de manera adusta,
con gesto adusto y con palabra fea,
no admitirán limosna que no sea
de una peseta justa.

De otro modo, a la huelga, compañeros,
aun causando a la corte hondos quebrantos,
¡pues quitarle a Madrid sus pordioseros
es quitarle el mayor de sus encantos!

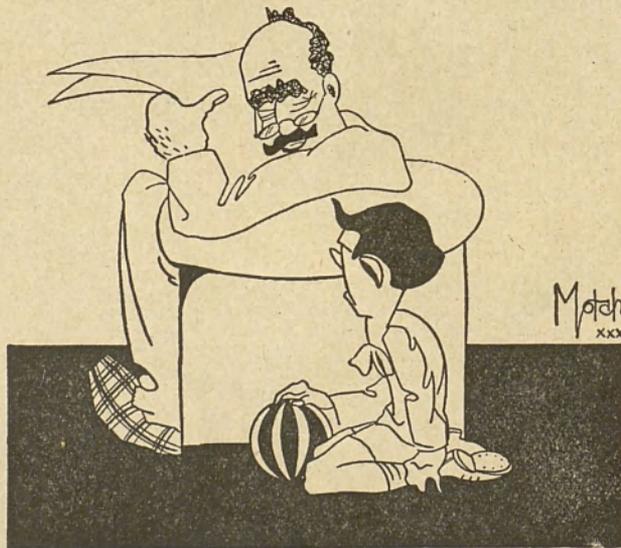
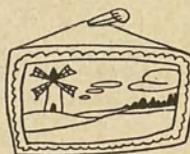
MANUEL SORIANO



El doctor.—Le encuentro a usted peor. ¿Ha obedecido usted mi orden de no fumar más que cuatro cigarros al día?

El enfermo.—Sí, doctor, y eso ha sido lo peor, porque yo no he fumado en mi vida.

Dib. KAR.—Valencia.



—Muchas gracias, tío, por el balón que me has regalado.

—De nada, hijo; es una porquería.

—Eso he dicho yo; pero me han dicho que, de todos modos, te diera las gracias.

Dib. MORÁN.—Madrid.

EL LAPO VINDICADOR

Cuento para deportistas

Hace algún tiempo que lo dije; y hoy me creo en la necesidad de repetirlo, teniendo en cuenta que no he conseguido nada con decirlo entonces... El adulterio es una cosa tan intolerable como indefinible, por cuya razón ningún literato consciente se debe meter a definirlo, porque sería hacerle demasiado honor; pero, por desgracia, está tan extendido por todos los ámbitos del planeta, que las personas decentes como ustedes y como yo estamos obligados a contribuir hercúleamente a su aniquilamiento y desaparición. Las estadísticas dicen que cada año que pasa los adulterios disminuyen en la proporción de un dos y medio por ciento; pero es forzoso reconocer que esto es poco para desarrugar el entrecejo a los moralistas, y que hay que atacar con energía indómita, y hasta con barbarie impetuosa, este angustioso problema que tantas broncas y tantos deterioros de muebles produce al cabo de un lustro en este triste mundo.

Claro es que la labor del escritor acérrimo no puede ser la misma que la del fiscal incólume; pero, en cambio, el escritor ecuánime, e incluso el escritor estúpido, están en condiciones magníficas de avergonzar al adúltero con las armas de su prosa vil, tan vil por lo menos como el que engaña a su cónyuge con la cónyuge de otro cónyuge.

El objeto de este cuento es, por lo tanto, afear el adulterio (que ya en sí es feo, aunque sean guapos los que lo perpetrán), y nada mejor para afearlo que presentar al lector las lamentables consecuencias a que puede dar lugar.

Sin embargo, antes de pasar adelante, debo hacer la aclaración de que, aunque parezca extraño que yo califique de *cuento para deportistas* a un tema de adulterio, no es extraño, sino perfectamente lógico, por la sencilla razón de que actualmente y en muchos países de la culta Europa es considerado el adulterio como un deporte más, y no vamos a ser nosotros los que llevemos la contraria a las personas experimentadas que lo han dispuesto así.

Y vamos con el cuento:

Hace largos años (mejor dicho, hace bastantes años, porque ahora caemos en la cuenta de que no hay años cortos) habitaba en una población checa, de gran importancia y de más de doscientos mil habitantes (por cuya razón, aparte de ser una población checa, era una población grande), habitaba, repetimos, un simpático, robusto y honradísimo sujeto, casado y sin hijos, que se ganaba la

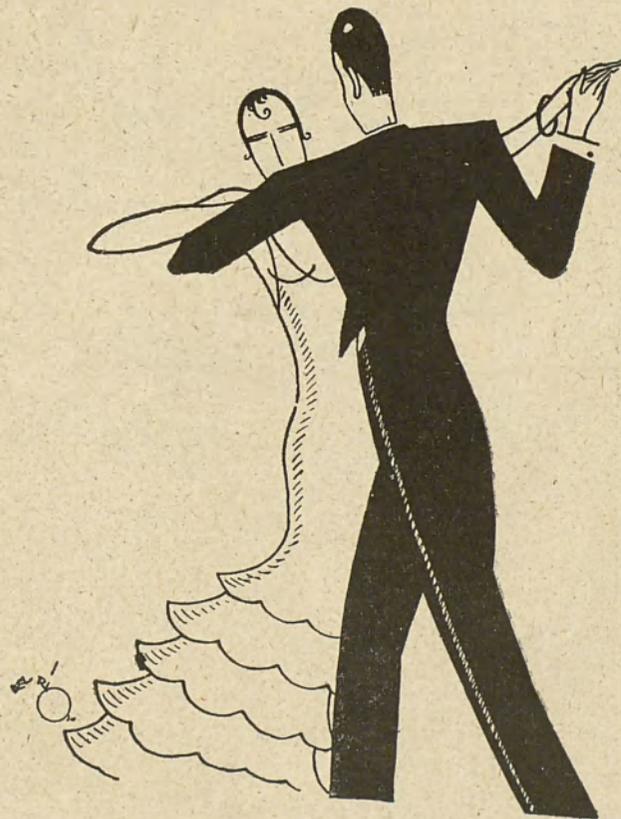
vida perra, y las perras que hacen falta para la vida, con el noble deporte del boxeo. Este buen hombre, que unas veces daba morradas y otras veces las aceptaba (con arreglo al refrán que dice que *donde las dan las toman*, y con arreglo al otro proverbio que reza *hoy por ti y mañana por mí*, y con arreglo frecuente de enormes desperfectos faciales y de rotundas abolladuras fisonómicas); pues este buen hombre, volvemos a repetir, había tenido la fortuna de ganarse, además de los soplamocos oportunos e inevitables, unos cuantos campeonatos que le tenían bastante orgulloso, aunque no hasta el extremo de no hablarse con nadie, pues si bien era cierto que no se hablaba conmigo era porque no me conocía y porque yo no le hubiera entendido, que no por otra cosa.

El aludido gachó había llegado a ser campeón de pesos pluma de Checoslovaquia, campeón de medios pesados de Yugoslavia, y campeón de faltos de peso de Moravia, de Cracovia, de Batavia y de Varsovia; y por una simple casualidad no lo era también de Segovia. ¡Una burrada, en suma!

También había aspirado a ser campeón de pesos gallo cuando era campeón de pesos pluma, pero esto no lo pudo conseguir, porque no basta con ser pluma para ser gallo. ¡Ser sólo pluma es tener algo de gallo, pero falta la cresta, faltan los espolones, falta el arroz y faltan un disparate de cosas para que la cuestión se solucione satisfactoriamente!

Prosigamos.

Creo haber dicho ya que este pobre bestia era casado (bestialidad mucho ma-



Ella.—¿Sabes que Pepita se casa, por fin, con el imbécil de Polete?

El.—No me extraña. ¿Tiene algo de raro que Pepita sea de un melón?

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

yor que dar puñetazos, y majadería mucho más indiscutible que recibirlos). Su mujer era hermosa, pero sin seso, como el famoso busto al que olfateó la acreditada zorra; y, ¡claro!, un día sucedió en el domicilio del boxeador, y durante su ausencia, lo que tenía que suceder... Mientras él pegaba una paliza a un colega delante de ocho mil espectadores, su linda cónyuge opinó que ella debía pegársela a él delante de un solo espectador, hombre guapo, pero nada pugilista (ni falta que le hacía para el caso).

¿Cuándo se enteró el incauto boxeador del denso ridículo que se proyectó sobre su vida? ¿Cuándo llegó al ring el run run de lo que estaba acaeciendo?

Lo ignoramos; pero no debió de tardar mucho en sospechar algo, por cuanto empezó a adelgazar aceleradamente... Y un día que le preguntaron dos distinguidos reporteros deportivos la clase de peso a que pertenecía (por haber discutido entre ellos si era peso mosca o peso pluma), contestó el atribulado púgil:

—Les diré a ustedes... Antes estaba calificado como *pluma*; pero desde que mi esposa recibe lecciones de gimnasia

de cierto joven eslavo, me he vuelto un poco *mosca*...

Las horribles carcajadas que acogieron esta franca confesión hicieron comprender al boxeador que estaba haciendo el indio con más eficacia que si hubiera nacido en Calcuta; y la idea de una venganza calderoniana germinó en su escaso encéfalo con súbito furor.

A los tres días se presentó ante los amantes cuando no le esperaban, y ya pueden ustedes calcular cómo le recibirían. Yo sólo digo que no debieron recibirle, porque no estaban ni medianamente visibles; pero, en fin, le recibieron.

La escena fué épica.

El burlado avanzó hacia el adúltero con el puño cerrado y la boca abierta, emitiendo las interjecciones más espeluznantes que puedan ustedes ver en los diccionarios mejor encuadernados. El adúltero sacó una pistola preciosa y se la ofreció como regalo para que le perdonase. La adúltera lloraba, considerándose perdida, no sé si porque se lo estaba llamando su esposo en aquel momento o porque ya lo sabía ella de clavo pasado. Pero, de pronto, el boxeador

cambió de opinión. Calculó que el Código checo castiga como asesino al púgil que pega a un paisano neutral, y otra idea más terrible de venganza tomó cuerpo en su mente.

Verán ustedes.

* * *

Diez meses después, nuestro boxeador, sometiéndose a un plan brutalmente nutritivo, había engordado ochenta kilos, que con los setenta que tenía, hacían la fiambra de ciento cincuenta. Se puso, por tanto, pesado, en menos de un año, brevedad asombrosa que nos obliga a reconocer que no se puso pesado para ponerse pesado...

El primer encuentro lo tuvo con el mulato Domingo Kananga, y triunfó plenamente, pues según los periódicos de toda Checoslovaquia, puso el mingo, y, sobre todo, puso el Domingo que no había quien lo conociera. Es decir, que el blanco puso negro al mulato, y que el combate tuvo por eso un *tinte* de tragedia que tienen muy poquitos.

Poco tiempo después de esta científica salvajada regaló a su esposa un soberbio aparato de radio, para que con él oyera la transmisión de los combates en que su tierno marido tomaba parte; y no muchos días más tarde se enfrentó con el púgil que entonces era campeón de los pesados, para arrebatarle el título y alguna muela que otra.

El sensacional encuentro se resolvió también que se transmitiese por radio a toda Europa; y nuestro protagonista, con un maquiavelismo cavernoso, insinuó a su bella cónyuge que no tenía inconveniente en que convidase a la audición radiotelefónica al joven eslavo de marra.

No creo que tendré precisión de agotar mi elocuencia para que ustedes se den cuenta de los horribles efectos de la venganza del boxeador checo. El joven y adúltero eslavo se caló los auriculares en el momento de comenzar el *match*... Los soplamocos y pujos que se atizaban los púgiles en el ring sonaban en los oídos del desprevenido radioescucha como si varios elefantes sacudieran esteras con la trompa... Y, de pronto, el pobre chico se desplomó en el suelo para no levantarse hasta un año más tarde, y no totalmente curado...

¡Un horroroso morrón de su vengativo rival y otro espantable puñetazo del mismo cayeron, el primero sobre su oreja izquierda y el segundo sobre la derecha, con tan catastrófica furia que lo estropearon para siempre!...

Y calcularán ustedes que si dos puñetazos recibidos por la radio pusieron al borde de la tumba a un ciudadano, ¿qué pasaría con el rostro del que los aguantó sin intervención de ningún aparato?...

Esto es lo que no hemos llegado a saber; pero suponemos que el rostro y lo demás estará descansando en paz desde aquel funesto momento.

ERNESTO POLO



- ¿Es sano este pueblo?
 —¡Ya lo creo! Cuando yo vine aquí no podía andar.
 —¿Padecía usted reuma?
 —Ca, no, señor. Es que nació en el pueblo.

Dib. CORREA.—Aravaca.

Páginas extraordinarias de «Buen Humor»

HISTORIA Y BELLAS ARTES

Por el profesor Tadeo Solferinga

El artrismo de la reina de Saba.—La sencillez de Juana de Arco.—El ingenio de Carlota Corday.

La reina de Saba era muy hermosa, tan hermosa como artrítica.

La reina de Saba y Salomón se enamoraron—según es público—a través de cientos y cientos de kilómetros, a través de toda la distancia que separaba un reino de otro.

Parece ser que en los primeros tiempos se mandaban continentales continuamente diciéndose cosas encantadoras. En el archivo de Xafra-Har se conservan algunas de estas cartas de amor. Hemos tenido ocasión de ir a Xafra a unos negocios de aceites y después de visitar el archivo y de presentarles nuestros respetos a los ficheros, estamos en condiciones de estampar aquí algunas de aquellas epístolas amoratorias.

Cierta carta de la reina de Saba dice así:

"Moncín de mi alma: Eres un ingrato. Creí que te decidirías a venir para Carnaval, y no has venido. Te espero sin falta para el día de la Fiesta de la Raza. Besos orientadísimos de tu

Sabatina, Reina de Saba."

Y en otra carta—respuesta sin duda—Salomón habla de esta manera:

"Sabita: Ven tú. Yo estoy ahora ocupadísimo, trabajando en "El cantar de los cantares", que me está saliendo de rechupete. Hoy se me ha ocurrido una imagen: la de los "corderillos gemelos", que me parece que va a ser un éxito. Te abraza,

Salomón."

La reina fué, pues, a ver a Salomón, y no referiré la visita porque los historiadores y los pintores de historia se han ocupado ya de ella reiteradamente.

Sí contaré la anécdota que me he propuesto, porque ésta es poco conocida.

Nada más ver a la reina, Salomón, con su sabiduría proverbial, adivinó que

Sabatina era muy artrítica. Entre beso y beso y caricia y caricia, se ocupó en descubrir los salicilatos para suministrarlos a su amada.

Pero todos los esfuerzos de Salomón resultaron infructuosos.

Y aquel hecho—al parecer insignificante—legó al mundo dos frases célebres:

"El artrismo reina en el mundo"; y "El reuma, el cáncer y el pulmón no los puede curar ni Salomón."

Tales fueron las consecuencias del artrismo de la reina de Saba.

* * *

Juana de Arco, hoy canonizada, fué una muchacha muy sencilla, aunque rubia.

Durante el sitio de Orleáns, en el que se cubrió de gloria y de una coraza de sesenta centímetros de gruesa por lo que pudiera ocurrir, ya dió una serie de muestras de su sencillez maravillosa.



—Me ha dicho el médico que no sabe lo que tengo. ¡Estoy tan desesperado, chico, que no me importaría morirme pronto.

—En ese caso debes de ir a ver a un especialista.

Dib. SERNA.—Valencia.

Pero donde su sencillez culminó como nunca fué en aquel día terrible de Rouen, cuando, atada al poste de la tortura, aguardaba a que el verdugo prendiese fuego a la leña con que los ingleses la rehogaron.

Este poste—según se sabe—se había hecho, por fin, de madera, de una madera muy resinosa (lo cual no tiene nada de particula si se considera que ella fué al tormento con cristianísima "resinación") ¡arreal, y en la parte superior tenía un cartel en el que se leían estas palabras acusadoras:

*Herétique.—Idôlatre.
Apostate.—Relapse.*

Bueno, pues como iba diciendo, los ingleses—siempre correctos—pidieron a Juana que eligiese la clase de madera que quería para el poste. Fué el propio Carthus quien la preguntó a este respec-

to tres días antes de ejecutarse la despiadada sentencia:

—¿Qué quieres que te traigan de poste?

Y ella—¡ejemplo de imperecedera sencillez!—respondió:

—De "poste", que me traigan un plátano.

* * *

Carlota Corday, la ilustre mujer que se cargó a Marat, elevando así el asesinato a la categoría de Bella Arte, porque Marat era lo que se dice un asco de hombre, se mostraba siempre extraordinariamente ingeniosa.

Figuraos, cerrando los ojos, que el día en que con tanta limpieza eliminó del censo a Marat con un cuchillo de hoja de acero, fué apresada inmediatamente después de cometer el crimen.

Los momentos eran espantosos: desde

aquel instante ella sabía que había firmado con letra redondilla su sentencia de muerte.

Sin embargo, tuvo un rasgo de ingenio, que lo tenemos hoy cualquiera de nosotros y nos dan un banquete de cien cubiertos y dos a pelo.

Y fué que al ver que uno de sus guardianes le alargaba la hoja del cuchillo homicida para que dijera si la reconocía como suya, fingió no darse cuenta de la intención e hizo como si creyere que se la devolvían.

Entonces la rechazó sonriendo y murmuró mientras jugueteaba con las bridas de su toca de encaje:

—Gracias, señor; pero este crimen no tiene vuelta de hoja.

¡Miren ustedes que parece mentira! Pues nada: no es verdad.

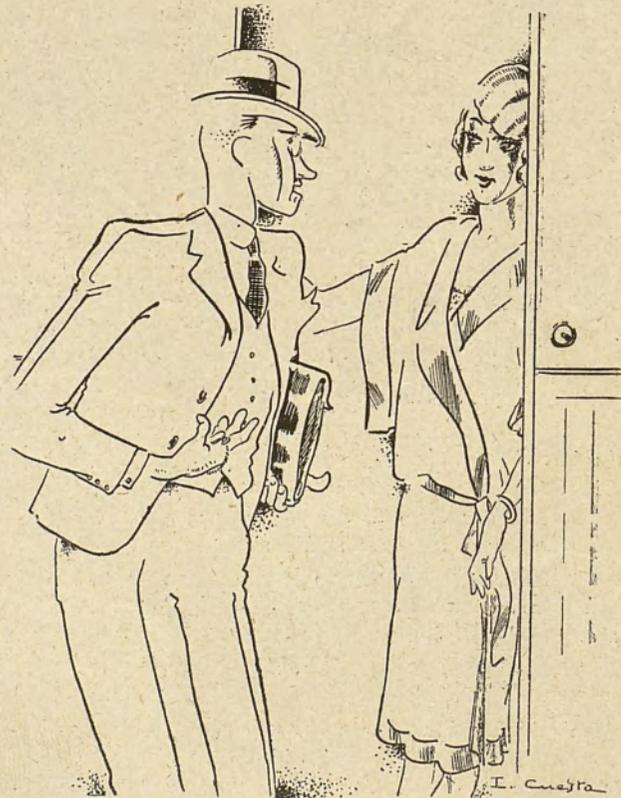
Por la traducción,
ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—Le he llamado para que arregle este aparato, porque siempre que enciendo me da un calambre.

—No se apure usted, señora, Eso es corriente.

Dib. VICENTE.—Madrid.



—Me ha encargado el señor que le diga que ha salido para Cuba y que no volverá hasta dentro de un par de días.

Dib. CUESTA.—Paris.

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL TRIUNFO DEL SR. AILAUPIED

por MARCEL LAUSANT

Al llegar a su casa el banquero Ailaupied, su portera lo recibió enterrecida.

—¡Qué indignidad! ¡Hacer que duerma una noche en la cárcel un financiero tan distinguido como el señor!

—Eso creo yo—contestó el señor Ailaupied sonriendo benévolutamente.

Y la portera siguió cada vez más conmovida:

—¡Lo que yo sufrí al ver salir al señor entre dos policías! Por supuesto, que el señor tenía tal aire de gran señor, que parecía que era él quien llevaba detenida a la pareja.

El señor Ailaupied sonrió condescendiente y empezó a subir la escalera. El auto de libertad, después de retirada una denuncia formulada contra él, prestaba agilidad a su imponente corpulencia. En el salón de su casa encontró un hermoso ramo de flores, enviado por los empleados de la cárcel, y una canastilla, regalo de una anciana de cuyas economías había dispuesto galantemente.

El criado, que aguardaba la vuelta de su amo para cobrar su salario, exclamó al verlo:

—¡Por fortuna, hay justicia en Francia!

Luego, pensando en los detalles prácticos del servicio, aconsejó al señor Ailaupied que tomase un baño, reparador de sus miembros fatigados por una noche de cárcel. El banquero aceptó con entusiasmo y se tendió voluptuosamente en un diván. ¡Qué hermosa cosa la libertad!

Abrió el correo. Sólo había cartas con insultos al juez de instrucción. Una pobre mujer, despojada hasta el último céntimo por el banquero, le escribía: "Siento no tener más dinero para depositarlo en sus manos."

Saboreaba el banquero la dulzura de estas palabras, cuando oyó gritar en el recibimiento:

—¡Lo veré aunque usted no quiera!—decía una voz irritada.

El señor Ailaupied se alarmó. ¡Irían a detenerlo otra vez?

La puerta se abrió violentamente, y detrás del criado, que fué a caer en medio de la habitación a impulsos de un certero puntapié, apareció la figura de un hombre, rojo de cólera. Era uno de los policías que habían detenido al banquero el día anterior.

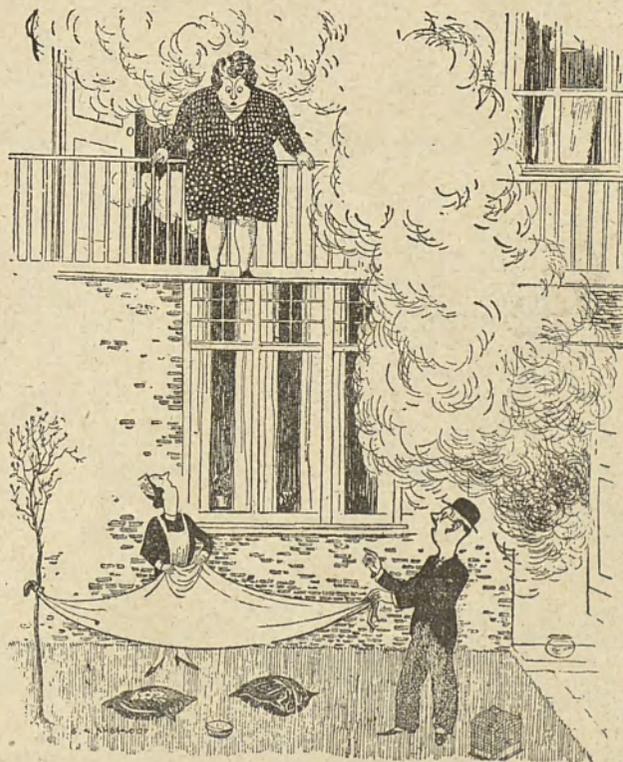
—¿Qué hay?...—dijo el banquero tembloroso—. ¿Trae usted otro auto de prisión?

—¿Qué auto ni qué prisión?—exclamó el policía—. He entrado aquí a la fuerza y atropellando a todo el

mundo por no perder la costumbre. Pero no se trata de lo que usted cree. Al conocerle ayer pensé: "He aquí un tío, lo que se dice un verdadero tío. Con él va uno seguro." Y vengo a traerle esto.

El policía alargó al banquero, estupefacto, un sobre lleno de billetes de Banco.

—Tome usted. Son todas mis economías: seis mil francos. ¿No ha hablado usted de una Sociedad para explotar unas minas en el fondo del Océano Pacífico? Quiero ser accionista.



El marido, ante el terror del fuego.—No tienes más que dar este pequeño saltito ¡y ya estás salvada!

(De *The Humorist*.)



Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en un aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

En la Castellana:
—¿Has visto, Julio, qué mujeres?
—Sí, hombre. Las dos hermanas de todas las tardes.
—¿Tienen novio?
—No lo sé; pero puedo asegurarte que ninguna de las dos se viste para ti.
—¿Y a ti quién te ha dicho que yo las quiero vestidas?
José Gómez Polo (Valencia).

Aunque la cosa tenga muy poca gracia, me parece oportuno exhumar, con destino al concurso de chistes de BUEN HUMOR, una de esas "coladuras" en que fué pródiga "La Correspondencia de España".

Esta "coladura" tiene la ate-

Casa de las Pantallas

La de gusto más exquisito
Modelos desde 2,50 pesetas

ROMERO — Fuencarral. 63

nuante de la ingenuidad. En no recuerdo qué sitio había ocurrido una espantosa catástrofe. Y "La Corres", después de dedicar seis o siete columnas a los pormenores del suceso, terminaba así la información:

"En el choque resultaron catorce muertos y cincuenta heridos. Afortunadamente, las víctimas eran viajeros de tercera clase."

Distracciones de esta clase se repiten en los periódicos

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Ricardo: Mañana hace treinta años que nos casamos. ¿Quieres que mate al gallo?
—¿Y qué culpa tiene el pobre animalito de que nosotros hiciésemos una tontería hace treinta años?
Canario Flauta (Irún).

con lamentable frecuencia. No hace muchos días—el lunes 16 del presente mes—decía "Juan de la Encina" en "La Voz":

"El gran escritor Gabriel Miró, recientemente muerto, por ejemplo..."
Gamito Iturralde (Madrid).

En la cervecería:

El cliente (que ha quedado viudo).—Camarero: desde hoy, cerveza negra.

El mozo.—Pero si siempre le sirvo dorada.

El cliente.—Sí, pero dije a mi mujer que le llevaría luto riguroso.

Agustín García (Valencia).

Estaba un pescador de caña pescando en un arroyo cerca de un manicomio, cuando acertó a asomarse a una de las ventanas uno de los reclusos

del citado manicomio, y le preguntó al pescador:

—Oiga, amigo, ¿se pesca mucho?

—¡Todavía nada, hombre!

Se mete para adentro el recluso, y vuelve al cabo de dos horas a salir y le hace la misma pregunta que antes, obteniendo la misma respuesta. Y vuelve a salir al cabo de un buen rato, y como viera que todavía no había conseguido pesca alguna, le grita:

—¡Oiga, amigo, suba usted, que el director le llama!

Juan Carrasco (Sevilla).

—Niño, ¿qué tomas del suelo?

—Es que me he encontrado una herradura.

—Tírala, que si te ven recogerla creerán que no te calzo.

Ramón Pareja (Madrid).

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.

En un examen de Geografía:

El profesor.—¿Qué son polos?

El alumno.—Unos dulces hechos que rematan en un palito y se chupan.

La Aurora del Día.

Un niño está llorando continuamente, y como veo que cesa de llorar le pregunto:

—¿Qué? ¿Has parado de llorar?

El niño.—No; descanso...

Doroteo Gondra (Huesca).

Entre amigos:

—Oye, Juan, ¿cuántos trajes te haces al año?

—En un año tres trajes.

—Igual que yo, en tres años, uno.

Honorato Jayo (Bilbao).

Ocurriósele a un importuno preguntarle a un conocido suyo:

—¿Cómo come usted?

Y el amigo, que no estaba

ALBERTO

Pulseras de pedida.
7, CARRETAS, 7

de muy buen humor, le contesta:

—¡Cómo! ¿Cómo como? Como como, como.

Vicente Torres (Madrid).

El bautizo.

—¿Qué nombre vais a poner al chico?

—Pensamos ponerle Cándido, en memoria de su abuelo, que en paz descansa.

—¡Hombre! ¡Si su abuelo se llamaba Sebastián!

—Sí; pero perteneció al partido lerrouxista.

El Carbonero (Madrid).

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO

Para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los 15 dias de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxigeno del aire, por lo que constituye una novedad. No mancha ni la piel ni la ropa. La caspa desaparece rápidamente. Ojo con las imitaciones y falsificaciones.

De venta en todas partes

LABORATORIO CASPE 32 BARCELONA

De charlas.

El uno.—Si las cinco partes del mundo se pusieran a jugar al escondite, ¿a quién le tocaría quedarse?

El otro.—¿.....?

El uno.—Al Asia, porque tiene la China.

Juan Henry Mérida.
(Cádiz.)

—Vengó a rogarte que me sirvas de padrino.

—¡Cómo! ¡Qué me dices! ¿Te vuelves a casar?

—No; es que me bato.

—¡Caramba, qué susto me habías dado!

Claveles Dobles (Bóo).

Una señora decía a su criada un poco antes de almorzar:

—Remigia, ¿estás ahí parada con todo lo que hay que hacer?

—Señora, por Dios, ¿usted cree que un costal vacío se puede mover?

—Bueno, mujer; cuando comes a ver si aligeras...

Después de comer la encuentra otra vez parada.

—Remigia, ¿otra vez lo mismo?

—Pero, señora, ¿usted cree que un costal lleno se puede mover tan fácilmente?

Guillermo Meneses
(Sevilla).

—¡Que no lo puedo remediar, que soy muy supersticioso, y cuando me nombran una cosa fea me pongo malo!

—Bueno, hombre. Y tu familia ¿cómo sigue?

—Regular na más.

—Oye, ¿y la madre de tu mujer?

—¡Pos ya ha empezao a darme la calentura!

Inglés.

Entre amigos:

—Te habrás dado cuenta de lo bien que hemos recibido en Madrid a los chinos de los collares.

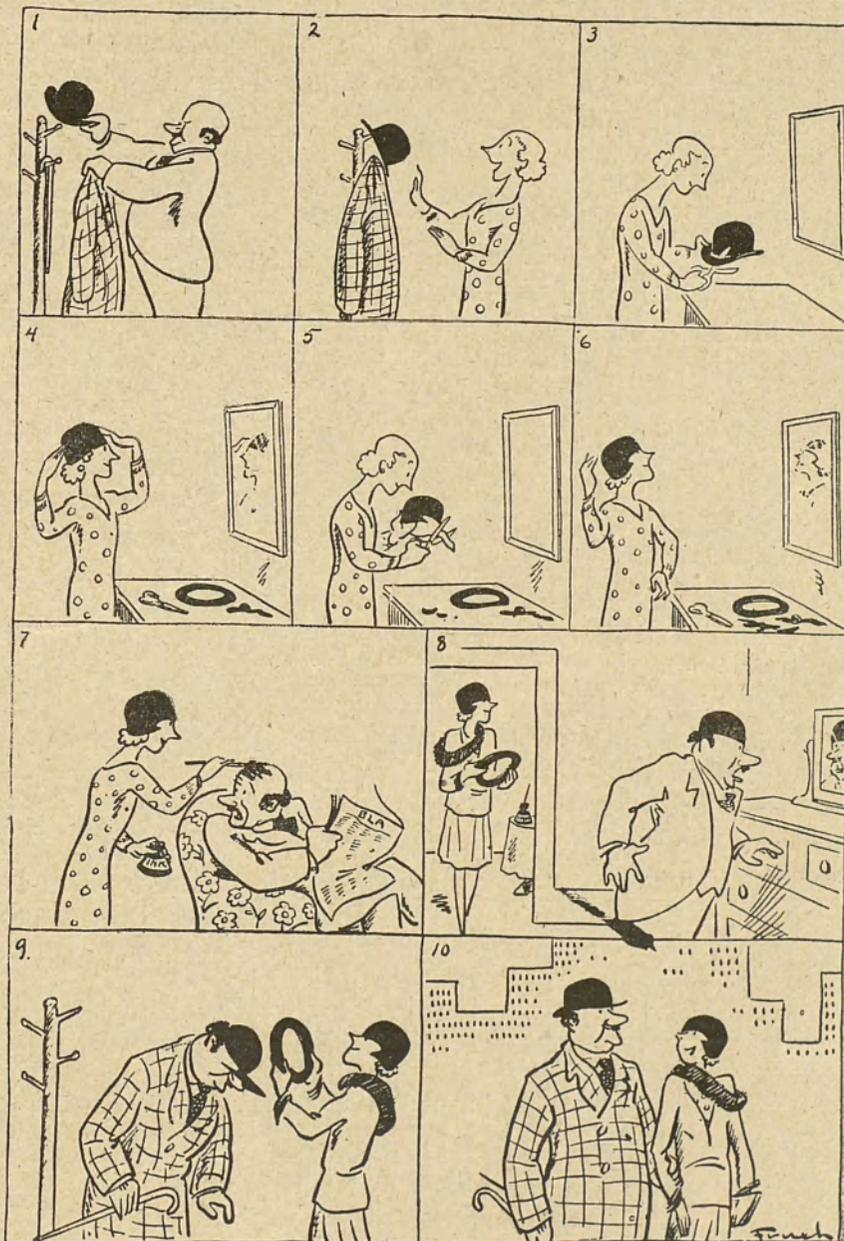
—¿Y a qué crees tú que obedece esto?

—Pues a que como los chinos de Canseco hace tiempo

CUPON
correspondiente al núm. 449 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

están dando los cuartos, creíamos que éstos nos iban a dar el dinero a montones.

Jerónimo Ruiz.



Un sombrero bien aprovechado.

(De Fruch.—Nueva York.)

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

M. S. B. (Madrid).
Su quisicosa, llamada
"La solución de Unamuno",
no nos soluciona nada.
¡El cesto aquí es lo oportuno
y hacia él va precipitada!

E. C. P. (Murcia). — Tiene
menos enjundia que un mos-
quito recién nacido.

Gorrino (Badajoz).
Querido amigo Gorrino:
adopte usted en seguida
un seudónimo más fino,

Para camisas a la medida
Madrid-Viena
M. PENA
Montera, 41.—Tel. 16662

Modesto Muchacho (Vigo).
Tanto porque eres Modesto
como porque eres Muchacho,
confórmate con el cesto,
por otro nombre capacho.
o no vuelva aquí en su vida.

G. B. C. (Madrid). Desgra-
ciadamente, no podemos utili-
zar eso para nada práctico.

N. de A. (Melilla).—Inde-
centísimo y poco original. Un

verdadero regalo, que, con per-
miso de usted, rechazamos ga-
lantemente.

F. L. G. (Barcelona).—Acep-
tamos dos de sus varios dibu-
jetes, que están bastante regu-
larcillamente, lo que le co-
municamos para su satisfac-
ción y encantamiento.

E. Q. V. (Alicante).—Dere-
chito a "Cestona", sí, señor.
Lo ha acertado usted plena-
mente.

Cara-Dura (Burgos).
Mi querido Cara-Dura:
tu cuento es una basura.
Por su salud te lo jura
este cura.

R. A. M. (Madrid).—Su "Tra-
gedia de un yerno" no ha te-
nido la suerte de impresionar
nuestra alma; y su "Gramó-
fono barato" nos ha impresio-
nado menos todavía.

Casanella (Madrid).—¿Cómo
Casanella? ¡No sea usted mo-
desto!... ¡¡Morrall!! ¡Y toda-
vía nos quedamos cortos!

S. E. H. (Játiva).
De sus cuatro cuentecitos
ninguno vale dos pitos.

Valbuena (Ciudad Real).
Tiene una gracia Valbuena
que a Dios le mata de pena.

L. D. T. (Bilbao).—Le adver-
timos a usted seriamente que,
si continúa enviándonos cosas
como las que acostumbra, va-
mos a tener un disgusto muy
gordo. ¡Por éstas!... Mejor di-
cho, por éstas y por las otras
y por todas (porque es que no
hay ninguna que se pueda ni
medio tolerar).

F. R. S. (Madrid). — Poco
humorístico, nada interesante
y menos literario. Una birria,
lo que se dice una birrita.

E. B. M. (Salamanca).
"Los recuerdos de Loreto"
es un desastre completo.

D. J. O. (Melilla).—¿Versos
naturalistas, y hechos en Me-
lilla? ¡Primero moro!

El marqués X (Madrid).—
Excelentísimo señor: eso es
una majadería de alto bordo,
a pesar del membrete con co-
rona que figura en todas las
cuartillas de que consta.

T. V. (Valencia).—Mussolini
será todo lo que usted quiera,
pero usted es un imbécil aun-
que no quiera.

Otero (Segovia).
No puedo aceptar, Otero,
un cuento tan majadero.

M. P. C. (Málaga).—Eso es-
tá peor dibujado que las po-
pulares facciones de nuestro
amigo Bergamín.

Estanislao (Madrid).
Lo que manda Estanislao,
¡la verdad!, no me "gustao".

Mompó (Valencia).
En mi vida he visto yo
tontería más horrenda
que la que manda Mompó
con el título "Mi tienda".

Que como todas las tiendas
que posea sean como ésa, va
a hacer un negocio como para
ahorcarse en un alcornoque o
en otro tocayo parecido.

C. L. G. (Madrid).—Queda
admitido su exorbitante dis-
parate veraniego. Nos ha gos-
tado un disparate el disparate.
Enhorabuena.

Z. B. (Madrid).—Procurare-
mos honrar levemente nues-
tras columnas con el prodigio
pictórico que nos envía.

Daves (San Sebastián).
¡Un consejo, amigo Daves!
¡No hagas lo que hacer no sa-
bes!



MARCA REGISTRADA

CANAS Sin teñir, desaparecen usando
BRILLANTINA INDIA

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA.—Calle Muñoz Torrero, 6.—MADRID



CREMA LIDA RECONSTITUYENTE

NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.— HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DEPRESIONES FACIALES.—SUAVIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE PRESCURA Y BIEN ESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

Pedid folletos explicativos

DEPOSITARIO
URQUIOLA-MAYOR.1
MADRID

BUEN HUMOR



—No quiero que lleves esos vestidos tan chillones.
—Pues la culpa la tienes tú por ser tan sordo.

Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.